

5 Conquista y colonización (siglos X-XVIII)

Esquema:

[Introducción. La reivindicación de Alejandro](#)

[5.1 Los precedentes a la expansión europea](#)

[5.2 Portugal, Brasil y el tráfico negrero](#)

[5.3 Portugal y el tráfico de especias](#)

[5.4 La conquista de América](#)

[5.5 El oro y la plata de América](#)

[5.6 Holandeses en Indonesia. Un buen negocio, y nada más.](#)

[5.7 Francia. El gran fracaso.](#)

[5.8 Gran Bretaña: el Imperio propiamente dicho](#)

[5.9 La construcción del Imperio Ruso](#)

[5.10 Conclusiones generales](#)

[Bibliografía](#)

Introducción. La reivindicación de Alejandro

A mediados del siglo IV aC [Filipo II](#), el soberano de un pequeño reino de bárbaros helenizados llamado Macedonia, inició una cadena de campañas de conquista. En tan sólo 20 años sometió toda la Península Helénica. Pero sus hazañas quedaron oscurecidas por las de su hijo [Alejandro](#), conocido como el Magno, que en la mitad de tiempo conquistó todo el mundo conocido por los griegos, desde [Grecia y el Valle del Nilo hasta el Valle del Indo](#). Nunca se hizo nada semejante. Por supuesto, la huella que dejó este Alejandro Magno fue imborrable, no sólo por la construcción de un imperio, sino, y sobre todo, por la fundación de ciudades y la extensión de la lengua y cultura griega.

1.000 años más tarde, en Europa pervivía la memoria de Alejandro Magno; pero bastante distorsionada por el recuerdo de conquistadores menos brillantes pero más cercanos, como [Julio Cesar](#) o [Carlomagno](#) (otro “magno”). Al fin y al cabo, Alejandro fue un emperador de tierras lejanas que no era cristiano; de hecho, ni siquiera estaba claro que fuera griego. Así que pasó a ocupar un lugar más cercano a la leyenda que a la historia. No obstante, a lo largo de la Edad Moderna se fue recuperando su figura. Y en el siglo XIX, y sobre todo en Inglaterra, el personaje volvió a ser conocido, sus citas (probablemente, apócrifas) repetidas, y sus batallas estudiadas. Se convirtió en un modelo. Cuando [Hernán Cortés](#) ordenó barrenar sus naves para que los soldados no tuvieran la tentación de volver a Cuba, no hizo más que imitar lo que el macedonio hizo en 355 aC en Fenicia ante el ejército persa. También [Napoleón Bonaparte](#) conocía las hazañas bélicas de Alejandro, a quien quiso emular en Egipto y, en realidad, a lo largo de toda su vida. Entre los políticos y colonialistas ingleses era una referencia (¿recuerdan [El hombre que pudo reinar](#), de John Houston con Sean Connery y Michael Caine?). La memoria de Alejandro Magno ha seguido a los ejércitos coloniales en todo el mundo.

Hay muchas razones que explican este renacido interés por el conquistador macedonio. Pero quizás la más obvia sea el paralelismo entre su vida y la de muchos grandes conquistadores europeos; al menos, desde sus propias perspectivas. Como Alejandro, marinos, capitanes, príncipes y reyes –[Enrique el Navegante](#), [Francisco Pizarro](#), [Jacques Cartier](#), [Sir Walter Raleigh](#), [Leopoldo II](#), [Cecil B. Rhodes](#)... – se lanzaron a la conquista del mundo conocido; y triunfaron. Desde ese punto de vista, y a diferencia de otros imperios asiáticos, esos personajes habrían llevado la civilización europea al resto del mundo; o para no entrar en distingos, simplemente la “civilización”. En el éxtasis hagiográfico, los europeos también se parecían a Alejandro Magno en que hicieron un uso limitado de la violencia (a diferencia de, por ejemplo, [Gengis Kan](#) o [Timur Lenk](#)), liberando a los pueblos de la opresión de infames villanos: el cruel [Moctezuma de México](#), el malvado [Fu Manchú de China](#), el terrible [mahdi del Sudán](#)... etc.

Esta es la historia de la conquista del mundo por los europeos. Comienza en la segunda mitad del siglo XV y termina hacia 1800. Esa línea no sólo viene a ser la que separa la Edad Moderna de la Contemporánea. Además, alrededor de ese año hubo cambios importantes: entre 1776 y 1823 casi todos los países de América se independizaron; e India fue conquistada por el Ejército Británico. En fin, en las dos últimas décadas del siglo XVIII tuvo lugar el comienzo de la Revolución industrial. De todos modos, el período 1450-1800 sigue siendo muy extenso. Cuatro siglos y pico en los que se conquistaron muchos territorios. Una historia tan amplia tiene pocos elementos en común; así como muchos detalles interesantes en los que es fácil perderse. De ahí que este capítulo, y a diferencia de otros, se cierre con unas conclusiones generales.

5.1 Los precedentes a la expansión europea

Esta historia tiene muchos pioneros. Puestos a buscar al primero, posiblemente tengamos que viajar a Escandinavia. Desde el siglo VIII hasta el XII varios de los pueblos que la habitaban llevaron a cabo [expediciones comerciales y de pillaje](#) (a menudo, eran indistinguibles) tanto hacia el Este como hacia el Oeste. Los varegos de Suecia encontraron una ruta comercial que enlazaba el mar Báltico con el mar Negro a través de los ríos de la estepa rusa. Alrededor de una de las bases fundadas en esas llanuras, Kiev, se creó el primer reino de Rusia. Pero son mucho más conocidas las expediciones de los vikingos de Noruega. Hasta su conversión al cristianismo en el siglo XI en repetidas ocasiones saquearon las costas de Gran Bretaña y Francia. En 1066 los normandos, vikingos cristianizados asentados en el Norte de Francia, conquistaron Inglaterra; y por los mismos años, Sicilia, en manos de los árabes.

Pero antes realizaron algunas gestas sorprendentes. En 874 se establecieron en la deshabitada Islandia; un siglo más tarde, y dirigidos por el célebre, [Erik el Rojo](#), llegaron a Groenlandia. Y hacia el año 1000 una expedición comandada por uno de sus hijos, [Leif Eriksson](#), alcanzó Terranova. Así pues, los vikingos fueron los primeros en “descubrir” América. Estas expediciones nórdicas fueron posibles por la consecución de varias circunstancias fortuitas. La principal fue

la existencia de un clima benigno, el llamado “óptimo climático” de los siglos IX-XIII. Sólo el buen tiempo explica la fundación de dos colonias en Groenlandia; y fue un nuevo recrudescimiento del clima lo que hizo que fueran abandonadas en el siglo XIV. En todo caso, ni Groenlandia ni Terranova ofrecían buenas perspectivas. Así como en Islandia los vikingos mantenían grandes cabañas ganaderas en estado semilibre, en Groenlandia esto era imposible (se discute sobre si durante el “óptimo climático” hubo pastos; desde luego, hoy no los hay). En cuanto a Terranova, no existían riquezas que justificaran una colonización. América era una tierra extraña y hostil: con o sin motivo, los indios se mostraron muy agresivos. Los vikingos apenas permanecieron unos años, y todo lo que quedó de aquella expedición fue un pergamino cuya autenticidad aún hay quien la discute.

Las cruzadas fueron otra suerte de precedente de la expansión europea. Aunque casi toda la Historia Sagrada de los cristianos se desarrolla en Tierra Santa, para los europeos del siglo XII aquel territorio era un mundo tan desconocido como lo podrían ser Alepo o Basora. Las expediciones europeas tuvieron un relativo éxito; pero éste fue, básicamente, un golpe de suerte. En las décadas anteriores a las Cruzadas el Califato de Bagdad había perdido el control de aquellos territorios. Los débiles emiratos sucesores estaban más ocupados en sus propias riñas que en aquella lejana amenaza venida de Poniente. Y tenían razón para pensar así: todo el proyecto de las Cruzadas era un disparate. No tuvo nada de extraño que la primera de aquellas expediciones, la Cruzada popular de [Pedro el Ermitaño](#), terminara en una atroz matanza en Anatolia. No obstante, los cruzados volvieron a intentarlo, y sirviéndose del “factor sorpresa”, y de una brutalidad fuera de lo común, acabaron fundando varios [Estados cristianos en Levante](#) con nombres tan sugerentes como Condado de Edesa, Principado de Antioquía o Reino de Jerusalén.

Pero todo fue un espejismo. Palestina era un territorio hostil poblado por musulmanes, algunos cristianos (que rara vez eran católicos) y unos pocos judíos. Así pues, la expedición podría justificarse por la recuperación de Tierra Santa para la Cristiandad; pero no por la liberación de los cristianos del yugo de Mahoma. Los reinos cruzados fracasaron porque carecían de pobladores leales. En cuanto aparecieron nuevos y fuertes Estados musulmanes como los formados por Nur al-Din y su sucesor [Salah al-Din Yusuf –el célebre Saladino–](#), los reinos cristianos fueron destruidos. Como hemos visto, las Cruzadas tienen mucho interés por sus consecuencias en Europa; y también como elemento de comparación con las posteriores conquistas. Pero no dejaron más huella que unas fortalezas imposibles y el recuerdo del exterminio de los antioqueños y jerosolimitanos en 1098 y 1099 (un libro interesante sobre esto es *Las cruzadas vistas por los árabes*, de Amin Maalouf).

Otra forma de expansión fueron los “imperios comerciales” levantados por algunas ciudades-estado italianas; sobre todo [Génova](#) y [Venecia](#). Así como, más tarde, por el reino de Aragón. Aquí encontramos un primer, que no último, uso incorrecto de la palabra “imperio”. Las repúblicas italianas no formaron nada que pueda merecer ese nombre. Sólo conquistaron algunas plazas (aquella Kaffa que vimos en el primer capítulo) e islas (Chipre, Creta, Malta) a

lo largo del Mediterráneo Oriental. Asimismo, se establecieron más o menos pacíficamente en algunas grandes ciudades, como Constantinopla. El propósito final de todo ello no era hacer la guerra, sino establecer lazos comerciales con las naciones musulmanas continentales. Esos pequeños Estados se convirtieron en potencias marítimas de cierta importancia; y el comercio los enriqueció. Fue un modelo de "imperio" que, como veremos, repetirían los portugueses en el siglo XVI. En cualquier caso, desde el primer momento quedó claro que las posibilidades de expansión territorial eran nulas. Y nada más elocuente de este hecho que la expansión militar de aquellos Estados que sí se plantearon la conquista; singularmente, Aragón en el siglo XIV. Culminada su "parte" de la reconquista tras la toma de Murcia por Castilla, el reino aragonés dirigió su ímpetu guerrero hacia el Este. En poco tiempo la Corona Aragonesa se convirtió en la principal potencia militar del Mediterráneo Occidental. Algunas de sus tropas más aguerridas e indomables, [los almogávares de Roger de Flor](#) fueron más allá del Estrecho de Mesina. Buscando la batalla con el musulmán, terminaron atacando al Imperio Bizantino y constituyendo dos grandes feudos en Grecia: los ducados de Atenas y Neopatria. Pero, al fin, nada quedó de todo aquello. En el siglo XV esos ducados, como el resto de Grecia, fueron conquistados por el Imperio Otomano.

En cierto modo, podría considerarse la reconquista española y la expansión hacia el Este de Europa como movimientos de conquista de los europeos sobre tierras extrañas. No obstante, en ninguno de los dos casos lo eran. La Reconquista en España fue algo muy distinto de la Cruzada de Palestina. Consistió en la recuperación de unos territorios poblados mayoritariamente por cristianos, pero sometidos a un poder musulmán. Realmente no se sabe cuántos habitantes de Al-Ándalus seguían la fe de Mahoma. Pero todo sugiere que no podían ser muchos; ni siquiera en el Mediodía peninsular. Salvo que estemos dispuestos a aceptar que la Reconquista fue el más silencioso de los genocidios de la Historia (y la más silenciosa repoblación, con no se sabe qué pobladores), todo sugiere que el Islam apenas penetró en el ámbito rural. Por eso, la recuperación cultural de aquellos espacios fue tan rápida y completa. Occidente acabó con un mundo, el Islam español, que si se definió por algo fue precisamente por no ser musulmán, sino una yuxtaposición de culturas diversas. Al-Ándalus era una sociedad jerarquizada por la etnia y la religión (árabes, sirios, bereberes, muladíes, "eslavos", judíos, y muchos cristianos, mozárabes o no) que estaba en permanente conflicto interno. Por la forma autocrática del Poder y el crecimiento urbano Al-Ándalus recuerda a algunos de los Estados sucesores del califato abasí. Desde la fundación del emirato en 756 por Abderramán I, el único superviviente de la dinastía omeya, tuvo varias épocas brillantes, como el califato de [Abderramán III](#) (929-961) Pero la lucha de facciones políticas, cuyo origen estaba en la gran heterogeneidad social, impidió la consolidación de una estructura política estable. Más tarde (siglo XI-XIII), la llegada de "bárbaros" desde el Norte de África (almorávides, almohades y benimerines) afianzó las posiciones integristas, lo que condujo a una creciente debilidad y pobreza económica y cultural. Los últimos reinos en ser tomados por los cristianos, los situados al Sur de Toledo y Zaragoza, sólo eran una sombra de lo que en su día fue el califato. En realidad, lo verdaderamente extraño de la Reconquista fue que desde la batalla de las Navas de Tolosa

(1212) hasta la caída de Granada (1492) trascurrieran casi tres siglos. Esto se explica por dos motivos: los conflictos internos de Castilla y la mayor homogeneidad del último bastión, el reino de Granada, parcialmente poblado por musulmanes huidos del Norte. Con todo, su fin se aceleró por problemas que recuerdan mucho a los de otros Estados de Al-Andalus, como la división sectaria.

El Este y Norte de Europa era un espacio relativamente poco poblado del que habían llegado la mayor parte de los bárbaros que derribaron el Imperio Romano. En ocasiones su incorporación al mundo cristiano se hizo por la fuerza de las armas –las campañas de Carlomagno contra los sajones, o de la Orden Teutónica en los Países Bálticos–. Pero más a menudo sucedió por la conversión de los caudillos y, consecuentemente, de sus pueblos; lo que no dejaba de ser una repetición de un proceso que había comenzado varios siglos antes con, por ejemplo, el franco [Clodoveo](#) y el visigodo (y arriano) [Recaredo](#). Los nuevos territorios del Este no ofrecían nada sustancialmente distinto a lo ya conocido. La economía se articulaba sobre bases similares, acaso más agrarias (si es que eso era posible). También se reprodujeron las mismas estructuras feudales de Occidente. Y, por supuesto, la religión y la cultura.

En realidad, el principal elemento diferenciador de la historia de uno y otro lado del continente fue la menor densidad demográfica del Este. Esto propició una mayor fortaleza de la aristocracia, la pervivencia de la servidumbre y, en fin, un estancamiento social y político. Y también fue este relativo “vacío” demográfico el que explica la existencia de un constante flujo inmigratorio; sobre todo, de alemanes. Estos fundaron ciudades en territorios poblados por eslavos, magiares o rumanos. En ocasiones terminaron “germanizando” el país; así antes de la Segunda Guerra Mundial la región de los Sudetes en Chequia, y el Oeste de Silesia y Norte de Polonia eran territorios poblados casi exclusivamente por alemanes. Otras veces estos se convirtieron en el estrato superior de unas sociedades jerarquizadas en las que, no obstante, cada vez iba siendo menor la distancia entre pobladores viejos y nuevos. La colonización fue propiciada por los propios monarcas tanto alemanes (Prusia) como eslavos (Polonia). Por ejemplo, los reyes polacos alentaron el asentamiento de judíos que huían de persecuciones en España y otros países de Europa Occidental.

En cualquier caso, no se creó nada realmente nuevo. Más allá de las peculiaridades locales, la vastedad del territorio y la arbitrariedad de los poderosos, el Este de Europa (hasta Rusia) sólo era un concepto geográfico, no una civilización original. Lo mismo se puede decir de Escandinavia tras su rápida conversión al cristianismo en el siglo XI; salvo que aquí no se realizó ninguna colonización desde el Oeste (si bien hubo algunos movimientos internos, como el asentamiento de suecos en el oeste de Finlandia en el siglo XIII). Tampoco la autocracia y servidumbre fueron tan extensas.

Es poco lo que se puede concluir de todo esto. Hasta el siglo XV la expansión territorial de Europa tuvo tantos éxitos como fracasos. La Península Ibérica y Sicilia volvieron a formar parte de la Cristiandad “política”. Asimismo se incorporaron extensos territorios en el Este y Norte de Europa. Pero el fracaso de las Cruzadas, así como el lento derrumbe del Imperio Bizantino, demostró

de forma cristalina que los Estados musulmanes del Mediterráneo Oriental (mamelucos, otomanos... etc.) eran imbatibles. El problema último era muy sencillo: hacía varios siglos que las costas Sur y Este del Mediterráneo habían dejado de ser cristianas.

Visto con una perspectiva más amplia, la civilización europea parece muy agresiva. Pero esto no tiene nada de sorprendente. Occidente surgió tras el desmoronamiento de un imperio militar, el de Roma. Se formó dentro del crisol de varios reinos bárbaros en los que convivían diversas tradiciones culturales guerreras. En el imaginario colectivo convivían en pie de igualdad las figuras de grandes conquistadores, unos míticos –Aquiles, Sansón, Roldán... – y otros históricos –Carlomagno, Cesar... y aquel remoto Alejandro Magno–. La misma religión cristiana, prontamente declarada oficial, se organizaba alrededor de un cuerpo militante, la Iglesia, que contemplaba su éxito a través de la derrota de las religiones alternativas. No existía lugar para filosofías quietistas y pacifistas, al modo de Buda o Confucio; o, por cierto, el “verdadero” Cristo. Dicho sea de paso, y como veremos, tampoco China o India se han librado de recurrentes atrocidades.

Dicho sea de paso, este esquema no se diferenciaba en nada del dominante en los ámbitos culturales más cercanos. Hasta su conversión al cristianismo, vikingos y magiares formaron hordas feroces. El Islam entró en la Historia a sangre y fuego (Mahoma fue un rey guerrero). Desde la perspectiva de los propios musulmanes el éxito de su religión se medía en los mismos términos a cómo lo hacían los cristianos: por la derrota del enemigo. Así pues, el entorno era extremadamente hostil; y la agresividad sólo era una respuesta previsible, la única posible, para la supervivencia de esa “especie” llamada “civilización occidental”. [Carlos Martel](#) detuvo a los invasores árabes en Poitiers. Y más o menos lo mismo hicieron las caballerías polaca y húngara con el mongol [Ogodei](#), hijo de Gengis Khan (No fue exactamente así; Ogodei venció, pero sufrió muchas bajas. Al poco supo que sus hermanos estaban reclamando la herencia de su padre, recientemente fallecido. Así que tuvo que volver grupas sin dejar guarniciones ni sacar provecho de su pírrica victoria). Era como si la Historia hubiera dado una vuelta de 1.000 años. Los reinos cristianos de Europa Occidental eran como las polis griegas del siglo V aC: una pequeña excrescencia bélica enfrentada al resto del mundo civilizado. Sólo faltaba un Alejandro Magno (o varios). A golpes de martillo, y contra el yunque de la intolerancia, en el extremo occidental de Eurasia se había formado un pequeño monstruo con un futuro tan prometedor como temible.

5.2 Portugal, Brasil y el tráfico negrero

Fue en la segunda mitad del siglo XV cuando comenzó una expansión territorial nítidamente distinta de todo lo anterior. Fue impulsada desde una corte europea, la portuguesa que, al igual que Aragón, había visto cerrada su expansión hacia el Sur de la Península por las conquistas de Castilla; de modo que sólo le quedaba una vía “natural”: el mar. Hasta el siglo XVI los reyes portugueses hicieron intentos serios para conquistar Marruecos, un proyecto

poco pensado dado el fuerte asentamiento de la civilización islámica al otro lado del Estrecho. En este empeño había bastante más que el deseo de continuar la “Cruzada Ibérica”. África prometía riquezas sin número a los conquistadores; sobre todo, oro. De hecho, la inmensa mayor parte de las monedas de Europa procedía de África. Desde antes del año 1000 se habían constituido rutas de camellos a través del desierto del Sahara. El Magreb exportaba sal, manufacturas de cobre y telas a cambio de esclavos y oro. Éste se obtenía con técnicas muy simples de varios yacimientos situados en Senegal, el Golfo de Guinea y Sudán. Por tanto, acercarse a los centros productores salvando los intermediarios parecía un buen negocio.

Pero también un negocio difícil. El foco más cercano a Europa, Senegal, estaba lejos; muy pocos europeos habían estado allí. Las técnicas de navegación estaban poco desarrolladas, lo que hacía más necesario el establecimiento de escalas en lugares accesibles y defendibles. Para Portugal las Canarias podrían haber sido una excelente plataforma, pero tras un largo forcejeo a comienzos del siglo XV, Castilla se hizo con aquel archipiélago. No obstante, Portugal tomó otras plazas, como las islas Azores, Madeira, Cabo Verde y, especialmente, Arguim, una pequeña isla situada a dos kilómetros de la costa de Mauritania. A medida que pasaron los años el interés de estos lugares como puertos negreros aumentó; y disminuyó como escalas en el viaje.

Y es que los portugueses estaban aprendiendo a navegar en alta mar. Hasta el siglo XIII o XIV la mayor parte del saber náutico se había formado en el mar Mediterráneo, un ámbito en el que la navegación tenía que afrontar problemas relativamente sencillos. Allí el empleo de remeros para impulsar los barcos era una solución razonable. Las grandes tormentas eran raras, pocas veces se perdía de vista la costa, y había numerosos puertos en los que recalar (lo que, eso sí, exigía un barco maniobrable). Las naves de sarracenos, pisanos, venecianos, genoveses, catalanes o turcos, emplearon esta fuerza humana. Lo que variaba era la forma de reclutarla. En los barcos venecianos remaban prisioneros de guerra o remeros profesionales. En los españoles fue habitual el uso de galeotes: personas condenadas a esta pena por algún delito. En los turcos o argelinos se empleaban esclavos. En cualquier caso, ese impulso era suficiente, de modo que el aparejo era sencillo. Con la llegada de los árabes las pequeñas velas cuadradas de los romanos fueron sustituidas por velas latinas de forma triangular; no tanto para ganar fuerza como maniobrabilidad. Además, apareció el timón, que hacía mucho más manejable la nave. Lo fundamental era que las singulares condiciones del Mediterráneo, un mar tranquilo, hacían de la navegación algo relativamente sencillo. El *Mare Nostrum* romano era la mayor extensión de agua en sentido longitudinal de todo el planeta. Toda una “autopista de agua”.

Esta navegación de corta distancia (o, mejor dicho, de media distancia pero en pequeños saltos) no era muy distinta de la que practicaban los vikingos del Norte; que muy al contrario de lo que se supone eran pésimos marineros. Baste decir que su máxima preocupación era no perder de vista la costa. Precisamente por eso resulta tan sorprendente que llegaran a Islandia y Groenlandia (se supone que fue poco más o menos por casualidad). Para navegar cerca de la costa y entrar en los puertos y ríos fluviales (atacaron

París, Londres y Sevilla) empleaban remeros que, al mismo tiempo, eran soldados. Era una buena solución si de lo que se trataba era de saquear; pero no tanto para el transporte de mercancías. Por otro lado, el oleaje del Atlántico, más fuerte que el del Mediterráneo, incomodaba el uso de los remos. En fin, los barcos vikingos eran poco más que lanzaderas de hombres.

De ahí que cuando la navegación estrictamente mercantil se hizo dominante los remos fueran suprimidos. El tipo de barco más empleado en el siglo XIV por la [Liga Hanseática](#), la [coca](#), contaba con una sola vela cuadrada. No era un navío muy maniobrable: las velas cuadradas no sólo no servían para navegar con viento contrario, sino que apenas aprovechaban el lateral. Pero tenía una gran ventaja: una tripulación muy reducida podía transportar cargas relativamente grandes. De todos modos, la navegación seguía presidida por el mismo principio que con los vikingos: no alejarse demasiado de la costa. Los barcos de la Hansa saltaban de puerto en puerto sin apenas adentrarse en la alta mar.

Pero desde el siglo XIII las cosas empezaron a cambiar. En primer lugar apareció la brújula, que probablemente fuera una invención árabe. Su importancia puede haber sido exagerada, pues servía de poco si no se disponía de mapas. Pero era el primer paso hacia una navegación más precisa. Con el tiempo fueron apareciendo otros instrumentos, como el cuadrante, el astrolabio o la rosa acimutal. Y también apareció el reloj mecánico, cuyo perfeccionamiento situó a Europa a una distancia insuperable de otras civilizaciones en cuanto a la medición del tiempo. Esto es importante porque la longitud (posición con respecto a un meridiano) de una nave en medio del mar es difícil de conocer; y una de las pocas formas de hacerlo es midiendo la velocidad en un rumbo más o menos alineado con el sol. Estos avances relativizan mucho los logros de otras civilizaciones en este campo. Por ejemplo, en el siglo XIV los emperadores chinos enviaron flotas enormes que, al parecer, llegaron hasta Madagascar. Pero es muy significativo que sus técnicas de navegación no fueran muy distintas de las de vikingos, romanos o fenicios; es decir, el cabotaje. Se puede afirmar que los primeros marinos que navegaron en alta mar fueron europeos (por supuesto, con permiso de los pueblos negroides que poblaron Polinesia).

También hubo mejoras en el diseño de los barcos. Quizás el cambio más importante fue la aparición de un nuevo tipo, la carabela. Parece que surgió de forma simultánea en España y Portugal. Se trata de una embarcación de longitud intermedia entre la galera del Mediterráneo y la coca del Atlántico; que también combinaba la fuerza y simplicidad de la vela cuadrada con la maniobrabilidad de la vela latina. Por su ligereza fue la nave característica de los descubrimientos. Pero no tanto de las grandes rutas comerciales, ya que resultaba demasiado pequeña. Ese papel fue cubierto por los barcos de tipo galeón y, más tarde, fragata.

También empezó a tenerse un mejor conocimiento de las corrientes marinas. Es posible que la causa de este aprendizaje estuviera en la estrechez de la plataforma continental de la Península Ibérica, que obligaba a los pescadores a buscar caladeros lejanos. Así, persiguiendo los bancos de bacalao en el siglo

XV los marineros vascos llegaron a las proximidades de Terranova. Lo que ellos, como los portugueses, descubrieron era que podían aprovechar los vientos y corrientes marinas para adentrarse en el océano y volver. La clave consistía en emplear una ruta distinta en cada caso, incluso haciendo grandes rodeos. Pero los progresos de la navegación vasca tienen un valor poco más que anecdótico. La verdadera navegación en alta mar exigía un conocimiento más sistemático de las corrientes marinas; algo que superaba en mucho las posibilidades de las cofradías del Cantábrico.

Este conocimiento se desarrolló en Portugal. En este campo hay una figura cenital: el infante [Enrique el Navegante](#). Aprovechando su privilegiada posición en la Corte portuguesa promovió expediciones de exploración y conquista a lo largo de la costa atlántica de África. Pero, sobre todo, hizo de la localidad de Sagres un centro de reunión de especialistas; un lugar que actuaba al mismo tiempo como escuela, astillero y puerto de salida hacia África. En Sagres salieron a la luz todo tipo de descubrimientos relacionados con la navegación en alta mar. El conocimiento era el bien más valioso producido (o comprado) allí: mapas, instrumentos, técnicas de navegación... Este saber empezó a adquirir un elevado valor estratégico. Y, lógicamente, se convirtió en un secreto de Estado.

Los portugueses descubrieron que la [mejor ruta](#) para alcanzar el sur de África era adentrarse en el mar desde las islas de Cabo Verde, y dejarse llevar por la corriente del Atlántico Sur. De este modo, dando un rodeo paralelo a la costa de Brasil, y luego hacia el Este, se alcanzaba el Cabo de Buena Esperanza. El regreso se realizaría por el centro del Atlántico, al Oeste de África, hasta alcanzar los alisios, que muy al Norte, por las islas Azores, conducían hasta Lisboa. Es muy posible que en uno de esos viajes, en la ida o el regreso, algún navío llegara a la costa de Brasil; y que esto sucediera antes del descubrimiento oficial de [Pedro Alvares Cabral](#), en 1500. Quizás incluso antes de que Colón llegara al Caribe, lo que convertiría a esos desconocidos marinos portugueses en “otros verdaderos descubridores de América”. En cualquier caso, y como enseguida veremos, esto tuvo consecuencias enormes, y trágicas, para la Historia de la Humanidad.

Aunque el comercio de oro había sido el impulsor de los descubrimientos, a medida que los barcos portugueses avanzaban por África fueron surgiendo otras oportunidades de negocio; cada vez más necesarias por cuanto que los yacimientos del Golfo de Guinea se estaban agotando (otros más ricos se hallarían al otro lado de África, en Mozambique). En primer lugar, el azúcar; o por mejor decir, los esclavos negros. Como vimos, en el siglo XV el azúcar no era desconocido en Europa; pero muy pocos hogares lo consumían con regularidad. La caña de azúcar exigía mucho calor y mucha agua, por lo que sólo se podía cultivar en la parte más meridional del continente, y con regadío. Su producción era mínima, y su precio prohibitivo. Cuando los portugueses llegaron a Madeira descubrieron una isla despoblada con condiciones idóneas para su cultivo. Precisamente el nombre que la dieron, Madeira, aludía a la frondosidad de sus bosques subtropicales. Muy pronto aquel vergel fue arrasado y cubierto de cañas.

Existía un problema. Además de sol y agua, la caña exigía mucha mano de obra, tanto para la zafra como para la obtención de azúcar y melaza en los llamados “ingenios”. Y ni había gente en Madeira, ni resultaba factible atraer a trabajadores del continente. La solución consistió en traer esclavos de África. Era algo relativamente sencillo porque ya existía una tradición comercial de trata. Todo lo que había que hacer era apropiarse de parte de esa “mercancía” y desplazarla a un nuevo destino el Atlántico. La operación resultó exitosa y pronto Madeira se convirtió en el gran proveedor de azúcar de Europa.

Pero, en realidad, aquello no dejaba de ser un pequeño experimento; como pequeño era el mercado del azúcar. Como vimos, éste sólo creció con fuerza a impulsos del consumo del té (aunque no sólo del té). Resulta difícil saber si la mayor restricción venía de una demanda no consolidada, o de una oferta restringida a la producción de una pequeña isla del Atlántico. Sea como fuere, aquella situación cambió en pocos años; primero por el lado de la oferta. En su ruta de regreso del África los portugueses habían encontrado un territorio mucho más grande en donde cultivar la caña: el cálido y húmedo Brasil. La amenaza de que la Corona española pudiera hacerse con aquellos territorios, tal y como había sucedido con las Canarias, fue conjurada mediante el Tratado de Tordesillas (1494; [aquí el documento original](#)). En sentido literal, los reinos castellano y portugués se repartieron el mundo a uno y otro lado de un meridiano no muy bien determinado. Con la excepción de los países que ya eran cristianos, el resto del planeta se dividía en dos y se entregaba a cada potencia. El [Oeste del actual Brasil](#) quedaba bajo control portugués; más adelante, otros tratados ampliarían ese territorio. Suele considerarse al Tratado de Tordesillas (y sus sucesivas interpretaciones) como un éxito de la diplomacia portuguesa; o dicho de otro modo, un fracaso de la diplomacia española. Una explicación discutible de este hecho consiste en suponer que los monarcas españoles preveían una futura alianza o, incluso, unión entre los dos reinos; y querían evitar la existencia de litigios del “pequeño” Portugal con la “gran” España.

Fueran cuales fuesen las razones de la Corona española, lo cierto es que los portugueses ganaron la seguridad política necesaria para emprender sus planes. A diferencia de lo que sucedió con el comercio con Asia, no se restringió ni el tráfico ni el asentamiento de colonos en Brasil. Empresarios sin escrúpulos llegaron allí para establecer nuevas plantaciones de caña siguiendo el modelo de Madeira; es decir, con esclavos procedentes de África. La producción de azúcar creció espectacularmente; y como la demanda no lo hacía tan deprisa, el precio cayó. En cualquier caso, la producción de aquel “oro blanco” seguía en manos de comerciantes portugueses. A pesar de que fueron surgiendo otros competidores, hasta el día de hoy Brasil ha seguido siendo el gran productor mundial de azúcar.

Las plantaciones necesitaban mucha mano de obra que no se podía conseguir en el propio Brasil. En parte, porque los indios eran pocos; en parte porque muchos de ellos murieron cuando llegaron los europeos (luego volveremos sobre esto); y en parte porque incluso los pocos que sobrevivieron no tenían la preparación “psicológica” necesaria para aceptar la esclavitud, y simplemente, se dejaban matar. En resumen, no había suficientes trabajadores con los que

hacer la zafra o mover los ingenios. De ahí que se trajeran esclavos de África. Aunque la distancia y el volumen eran mucho mayores que con Madeira, no era nada esencialmente distinto de lo que se había hecho hasta entonces. Los portugueses emplearon sus factorías costeras para contactar con los jefes de las tribus y comprarles su mercancía humana. El pago eran tejidos, quincallería y armas. Y eran estas armas las que servían a los jefes tribales para vencer a sus enemigos del interior y esclavizarlos. Por otro lado, el azúcar y otras producciones minerales y agrícolas del Brasil marchaban a Portugal y Europa. Este movimiento de barcos constituyó lo que ha venido en denominarse “comercio triangular” del Atlántico.

Las consecuencias del comercio negrero fueron nefastas. Entre los siglos VII y XV se habían formado [varios Estados en el África Negra](#), como los reinos de Ghana (en el actual Mali), Mali, Songhai, Kanem, Benín, Kano, Abisinia, Congo (en Angola), Zendj y Monomotapa (Zimbabué), entre otros. En ocasiones su nacimiento estuvo vinculado a la propagación del Islam; en otros surgieron de forma independiente. Por supuesto, eran organizaciones políticas muy primitivas. Y en todos los términos de la vida material su comparación con la Cristiandad o el Islam mostraba un grado de desarrollo muy inferior; por ejemplo, desconocían la escritura. Con todo, eran Estados prometedores: se sostenían en una economía de base agrícola; conocían la metalurgia del hierro, fundaron algunas ciudades importantes protegidas por murallas que aún se conservan (por ejemplo, en la ciudad de Benín, la conocida como “Gran Zimbabué”, o la mítica Tombuctú). Quizás no fuera la “civilización” tal y como nosotros la conocemos; pero era “algo” que se le parecía mucho. Aunque no eran Estados con fronteras bien definidas, hasta el siglo XV mantuvieron cierta estabilidad política. Pero el comercio de esclavos alteró la situación. Algunas tribus y Estados, sobre todo costeros, decidieron aprovechar los beneficios de la trata y atacaron a sus vecinos. De hecho, surgieron nuevos reinos guerreros, como Dahomey, cuya economía se basaba en la esclavitud. Muchos otros fueron incapaces de resistir y sucumbieron. De este modo África se sumergió en un largo período de guerras internas.

No hay cifras fiables sobre esta catástrofe. Ni siquiera las hay para la parte final, el transporte de hombres desde África a América. Lo que es seguro es que el daño tuvo que ser enorme. De acuerdo a estimaciones muy inciertas, entre los siglos XVI y XIX entre seis y diez millones de personas fueron enviadas al otro lado del océano. Más adelante volveremos sobre estas estadísticas, pues ni los portugueses fueron los únicos traficantes, ni el proceso se concentra en el siglo XVI, sino que fue creciente hasta finales del siglo XVIII. Por cada individuo esclavizado varios más morían en combates, pillajes, desplazamientos en tierra o en el viaje a América. De nuevo estamos ante cifras muy inciertas; no es descabellado suponer que esa relación fuera de 1 a 10. Pero incluso si sólo fuera de 1 a 5, y considerando las cifras más bajas, estamos hablando de la muerte de unos 30 millones de personas a lo largo de tres siglos; o, según las peores estimaciones, cien millones. Son cifras colosales que igualan o exceden la propia población de África. Y que no incluyen el otro gran flujo de esclavos: el que, desde Sudán, Somalia, Kenia y Tanzania conducía al Medio Oriente desde tiempos mucho más remotos.

Este comercio nefando explicaría porque entre los siglos XVI y XVIII no hubo crecimiento demográfico en África; acaso, lo contrario. Los siglos de la trata de hombres con América coinciden con la etapa final de agrarización del continente, un proceso vinculado a la emigración de poblaciones bantúes y camitas (también llamados etíopes) desde el Sahel y Sudán hacia el Sur. Lo previsible hubiera sido que como consecuencia de ese doble proceso de colonización y expansión agrícola la población africana hubiese crecido (aunque a costa de ciertas tribus menores, como hotentotes, bosquimanos y pigmeos). También entra dentro de lo previsible que se hubiesen construido Estados más sólidos, con organizaciones políticas y sociales más complejas y, en fin, con una mayor densidad demográfica. Nada de esto sucedió. El coste en vidas humanas de la esclavitud en África sólo es comparable al del levantamiento o hundimiento de algunas grandes dinastías en China, como luego veremos. En cualquier caso, uno de los mayores genocidios de la Historia.

Pero esta tragedia no termina en África. Tras pasar varias semanas en cárceles inmundas, los esclavos eran embarcados con destino a América. Normalmente viajaban encadenados, hacinados en celdas o sujetos en camastros, sin apenas luz y con una alimentación ínfima. Muchos morían antes de llegar al puerto y eran arrojados al mar (aunque si viajaban en barcos portugueses eran previamente bautizados; una curiosa muestra de la “caridad” de los negreros). Detrás de este comportamiento brutal yacía un frío cálculo económico: el coste de la pérdida de una parte del pasaje, digamos que un 10 o 20%, era inferior al de lograr una supervivencia mayor con mejores condiciones de alimentación, higiene y habitabilidad.

Aunque Portugal fue la nación que inauguró este comercio, ninguna potencia europea se abstuvo de participar en él. En general, los comerciantes de las naciones que tenían más intereses en las plantaciones americanas también fueron los que más invirtieron en el negocio.

El primer gran destino de los esclavos fue Brasil; y con la excepción de algunos decenios, lo siguió siendo hasta la prohibición del comercio negrero a comienzos del siglo XIX. Si damos por correctas las cifras más bajas, según las cuales 5,7 millones de esclavos fueron transportados entre el descubrimiento de América y 1781, habrían llegado a Brasil 1,8 millones de hombres; es decir, casi una tercera parte del total. La demanda brasileña de esclavos fue creciendo a medida que el territorio se ocupaba y la economía se diversificaba. Al principio, sólo se demandaba esclavos para la producción de azúcar en la costa. Pero poco a poco se fueron introduciendo otros cultivos, como café y algodón. Y, sobre todo, en los últimos años del siglo XVII se encontró oro en el actual Estado (provincia) de [Minas Gerais](#), al Suroeste del país. Esto provocó una inusitada demanda de esclavos, que básicamente explica porque fue en el siglo XVIII cuando llegaron las dos terceras partes de esos casi dos millones de esclavos.

De acuerdo a esas cifras, parece que 4,3 de los 5,7 millones de esclavos que llegaron a América lo hicieron entre 1700 y 1781 (aunque es importante advertir que el mayor posible ocultamiento en las cifras se sitúa en los dos siglos

anteriores). Y es que, además del descubrimiento de oro en Brasil, hubo un segundo motor de la esclavitud: el establecimiento de colonias holandesas, francesas e inglesas en el Caribe. Por razones que veremos enseguida, aunque los españoles ocuparon tempranamente esta región, pronto perdieron interés en ella. De hecho, en muchos casos se puede hablar de islas y territorios despoblados. Los indios murieron en los primeros años de la colonización, y la mayor parte de los españoles prefirieron asentarse en el continente. Hasta mediados del siglo XVII la presencia de holandeses, ingleses y franceses fue esporádica: piratería, asentamientos semiclandestinos... etc. Pero el hundimiento del Imperio español en Europa facilitó la fundación de colonias y, con ella, la instalación de plantaciones de caña de azúcar. Resulta muy llamativo que los españoles estuvieran tan poco interesados en este negocio. De hecho, sólo lo emprendieron en gran escala a partir de 1763 en Cuba; y, sólo porque en el año anterior la isla fue ocupada por tropas británicas, e inmediatamente empresarios de aquel país establecieron las primeras grandes plantaciones. Tanto desinterés no se justifica por impedimentos legales o culturales: la esclavitud en los territorios españoles no era ni ilegal ni extraña. Simplemente, no hubo negocio del azúcar a gran escala hasta fechas muy tardías. Lo que, por cierto, tampoco se explica por su desconocimiento, pues se construyeron ingenios en La Española ya en el siglo XVI. Por ello, su participación en el tráfico negrero fue modesta. Sólo así se explica que en el Tratado de Utrecht (1713) se concediera el monopolio de la importación de esclavos hacia la América española a Gran Bretaña; lo que fue conocido como el *Asiento de negros*. De ahí que, la estupenda película de [Steven Spielberg Amistad](#) relate un caso excepcional: el exitoso motín de unos esclavos negros en un barco negrero español. Las rebeliones casi siempre tenían lugar en tierra firme; los barcos negreros casi nunca eran españoles.

Las otras naciones de Europa sí vieron las posibilidades del negocio. Como productor de azúcar Brasil tenía un problema: los vientos dominantes no facilitaban el acceso a los puertos del Norte de Europa. Para llegar a Londres o París lo más sencillo era navegar hasta una latitud cercana a Florida o Georgia, lo que requería tiempo de penosa navegación, y entonces virar al Oeste. En consecuencia, cualquier plantación situada en el Caribe podría competir con las de Brasil por el menor coste del transporte. Es posible que esa diferencia no fuera muy grande; al fin y al cabo, el principal gasto de las explotaciones era la mano de obra. Pero era una diferencia lo bastante grande como para arrancar una parte del mercado. Gran Bretaña fue la primera nación en aprovechar esta circunstancia. En 1627 la isla Barbados fue ocupada por una flota británica; algo que resultó muy sencillo porque estaba completamente deshabitada (un siglo antes los indios habían sido aniquilados por los españoles, quienes la abandonaron pronto). La explotación industrial del azúcar, y con ella la llegada de esclavos negros, comenzó hacia 1640. Y hacia 1650 Barbados exportaba alrededor de un cuarto del azúcar que llegaba a Europa. Otras pequeñas islas siguieron su ejemplo: Montserrat, Antigua, San Cristóbal... En 1655 la (relativamente) gran isla de Jamaica fue ocupada por una flota británica. Por entonces ya no había indios, y la presencia española era muy débil. A finales del siglo XVII comenzó la producción azucarera a gran escala, que pronto superó a la de Barbados, que se resentía por el rápido agotamiento de la tierra. Hacia 1660 colonos franceses se fueron asentando en el Oeste de La

Española, en el territorio que más adelante formaría la República de Haití. Las autoridades españolas no hicieron esfuerzos serios para impedirlo, en parte porque, como era habitual en el Caribe, ese territorio estaba prácticamente despoblado, por lo que no perjudicaban los intereses de nadie. A finales del siglo XVII, coincidiendo con la cesión de ese territorio a Francia comenzó la producción del azúcar en gran escala. En definitiva, a comienzos del siglo XVIII Brasil ya sólo era uno de los muchos productores de azúcar; y el menos competitivo. El auge de la producción azucarera de las colonias francesas, inglesas y holandesas se sostuvo sobre la importación masiva de esclavos de África, cuyas condiciones de vida no eran muy distintas de las de Brasil. De este modo, desde 1700 hasta 1781 las colonias caribeñas de esas tres potencias trajeron por la fuerza a 2,3 millones de esclavos negros.

Los últimos destinos importantes fueron Estados Unidos y Cuba, con una participación ya mucho menor. Entre 1700 y 1781 pudieron recibir unos 500.000 esclavos, la mitad en cada uno de esos destinos. La suerte de los esclavos españoles no fue muy distinta de la de otros destinos caribeños. No así, la de los llegados a Norteamérica, que claramente fueron los más afortunados de todos los africanos llevados por la fuerza al otro lado del mar. En fin, algunos grupos pequeños llegaron a varias colonias españolas: Venezuela, Colombia... Uno de esos destinos fue el Río de la Plata, donde los negros constituyeron una importante colonia, hoy en día desaparecida por “absorción” de la gran mayoría blanca. Los libertos negros del Río de Plata tuvieron una participación destacada en el ejército libertador de [José de San Martín](#).

Hasta finales del siglo XVIII o comienzos del XIX, el destino más frecuente de los esclavos negros era morir en unos pocos años por agotamiento o maltrato. Brasil, Haití o Barbados fueron grandes matadero de hombres. Por supuesto, hubo excepciones. Algunos negros terminaban ganándose la confianza de sus amos y trabajaron como sus capataces. Algunos incluso se convirtieron en libertos. También hubo esclavos que huyeron a la selva (los *cimarrones*) y vivieron como fugitivos durante muchos años. Incluso se crearon tribus de negros y zambos (el hijo de un negro y una india, o viceversa). Hubo muchas rebeliones de esclavos, aunque casi todas fracasaron. Una de las pocas excepciones fue la que culminó en 1804 con la independencia de Haití, la colonia francesa situada en el Este de La Española.

Pero lo que realmente marcaba la diferencia entre la vida y la muerte del esclavo eran otros factores. Por un lado, el tipo y tamaño de las explotaciones. Las plantaciones de café, cacao, tabaco y (hasta cierto punto) algodón requerían menos trabajadores que las de azúcar o las minas de oro. En consecuencia existía más trato con los blancos. La proximidad convertía al antiguo “instrumentum vocale” de [Catón el Viejo](#) en algo “parecido” a un ser humano, con inteligencia y sentimientos; y digno de respeto. Otro factor fue el propio funcionamiento del mercado. Allí donde la oferta de esclavos era abundante y su precio era barato no había razones que justificaran la reproducción de los esclavos. Era más rentable explotar al hombre hasta la extenuación, y luego reemplazarlo por otro. Pero precisamente por eso, cuando la oferta era menor y el precio era más elevado era más rentable permitirles

que tuvieran esposas y emplear a sus hijos como esclavos. Y esto inevitablemente implicaba un trato más humano, pues no se puede criar a unos niños sin un domicilio y una cierta libertad de movimientos. Además, esos hijos de esclavos dominaban el idioma del amo y participaban en su cultura y religión, lo que les garantizaba cierta protección. Por supuesto, la prohibición del comercio internacional de esclavos sólo dejaba esta solución.

Estos factores explican las elevadas tasas de supervivencia de los esclavos negros en las colonias inglesas de lo que luego serían los Estados Unidos. A diferencia del Caribe o Brasil, el crecimiento de la población negra fue similar al de la blanca. Más aún: la esperanza de vida de los blancos en ciudades portuarias como Filadelfia o Nueva York, era muy inferior a la de los negros en las plantaciones de algodón (¿recuerdan [Gangs of New York](#), con Leonardo DiCaprio?). Ya hemos visto las razones que explican esto. En cada una de las haciendas algodoneras del Sur de los Estados Unidos se empleaban menos esclavos que en las minas de oro o las plantaciones de caña de Brasil. Y aún menos en las granjas tabaqueras (que, además, fueron más tempranas). Así como era muy fácil transportar esclavos desde África a Brasil, el viaje hasta Estados Unidos era complicado. Sobre todo por la distancia: se requiere mucho más tiempo en viajar de Salvador de Bahía (Brasil) a Charleston (EEUU) que desde Benín a Salvador. En consecuencia, el precio del esclavo en Carolina del Sur era mucho más elevado que en Brasil; y, por tanto, merecía la pena tratarle bien. En fin, la abolición del comercio marítimo de esclavos por Inglaterra y Estados Unidos en 1807 y 1808, respectivamente, remató el proceso. Nótese que los Estados del Sur de la Unión Americana no ilegalizaron la esclavitud hasta 1865; es decir, hasta su derrota en la guerra de Secesión. Pero desde mucho antes no podían importar esclavos y, en consecuencia, era imperioso cuidar a los que quedaban.

Algo similar sucedió en Cuba y Puerto Rico, donde la esclavitud en masa fue tardía, pero también lo fue su prohibición. En el siglo XIX, y al igual que en Estados Unidos, los esclavos cubanos se beneficiaron de su elevado precio, y eso les proporcionó mayores tasas de supervivencia. Y eso pese a que la isla se estaba convirtiendo, en expresión de la época, en una “sacarocracia”. El movimiento independentista, reiteradamente reprimido, se vinculó con el antiesclavista, lo que, en parte, explica su fracaso: los blancos no estaban dispuestos a dar libertad a sus esclavos, por lo que preferían permanecer dentro de la Corona española. Pero, al fin, tampoco se dejaba morir a los esclavos, porque sin comercio exterior la única forma de reemplazarlos era permitir que tuvieran hijos. Lo cierto es que la abolición de la esclavitud en 1888 tampoco tuvo consecuencias catastróficas sobre la economía azucarera cubana.

En fin, también hubo razones estrictamente éticas que explican el buen trato a los esclavos y, en fin, su supervivencia. Ciertas corrientes del protestantismo anglosajón (por ejemplo, los cuáqueros) rechazaban tajantemente la esclavitud. En parte de la América Española anterior a la prohibición del comercio negrero (Colombia) las tasas de supervivencia de los esclavos parecen haber sido inusualmente elevadas. Esto no tiene una explicación económica satisfactoria pues el precio de los esclavos era muy bajo. Sin embargo, las manumisiones

parecen haber sido frecuentes. Quizás este comportamiento esté relacionado con la posición de la Iglesia Católica hacia la esclavitud. Ésta aceptaba su legalidad, pero no la consideraba una situación deseable, y reconocía la caridad del buen cristiano que liberaba a sus esclavos.

Sea como fuere, estas historias “felices” de esclavos no deben hacernos perder de vista el cuadro general. Con pocas y, normalmente, tardías excepciones, la muerte presidió el comercio de esclavos. Desde la destrucción de los reinos africanos hasta la brutalidad de las plantaciones americanas todo lo relativo a este comercio constituye uno de los capítulos más nefandos de la Historia Universal. El Horror en su más acabada expresión. Dicho lo cual, ¿tiene algún sentido moral buscar responsabilidades morales en gente que murió hace tantos años? Nuestras propias culpas son más que suficientes como para hundirnos con las de nuestros antepasados. Y, además, suena hipócrita el lamento de lo que ya no tiene remedio (“¡qué bueno soy yo, que me escandalizo muchííísimamente con lo que pasó hace tres siglos!”). Dejemos que los muertos descansen en paz, que ya tuvieron bastantes padecimientos en vida.

5.3 Portugal y el tráfico de especias

Pero incluso antes de que los portugueses descubrieran cómo se podía hacer fortuna con el azúcar, se fue abriendo camino un nuevo proyecto comercial. Como en todos los grandes negocios, riesgo y rentabilidad iban de la mano. Y también como en muchos de ellos, la idea era muy simple: bordear África hasta alcanzar la India y traer especias de vuelta.

En la Edad Media por “especia” se aludía a ciertos condimentos que alteraban el sabor de los alimentos. Sólo algunos condimentos, no todos. Según los autores, el azúcar o la pimienta eran o no verdaderas especias (aquí seguiremos el criterio actual; la primera no y la segunda sí). A casi todas, pero sobre todo a las más exóticas, se las reconocía cualidades adicionales como, por ejemplo, potenciadores del vigor sexual, facilitadores de la circulación sanguínea o generadoras del sueño. Y es que los conocimientos médicos eran reducidos, la esperanza inagotable, y enorme el número de charlatanes (como hoy, pero con menos recursos mediáticos). En realidad, lo único seguro que se puede decir de ellas era, y es, que modificaban el sabor.

Y esto era importante porque, a menudo, la comida no sabía bien; por no decir que era repulsiva. Cada día los cocineros de las mesas de los muy ricos se enfrentaban a un problema insoluble: cómo presentar carnes y pescados que no sólo no eran frescos, sino que se acercaban a la podredumbre. Además, el número de alimentos diferentes era mucho más reducido que hoy en día. No había kiwis del Nepal, ni carne de avestruces africanos, ni salsa de soja de China ni, por supuesto, patatas, chocolate, tomate y maíz procedentes de una América que estaba por descubrir. Para compensar tanta pobreza en la cantidad y calidad alimenticia, los europeos empleaban especias. Con pimienta y un buen tostado la carne podrida adquiría un nuevo aspecto; extraño, pero

apetecible. Y ante los recelos siempre se podía argumentar que aquella sustancia reforzaba la potencia sexual. Al fin y al cabo, ¿quién se atrevería a ponerlo en duda? Desde luego, nunca el propio comensal.

A lo largo de las edades Media y Moderna el consumo de especias procedentes de Asia nunca decayó. Hubo una lenta difusión desde los grupos sociales privilegiados hacia los inmediatamente inferiores. Incluso podría hablarse de una primera “revolución del consumo”. Pero esto parece exagerado: el uso de especias asiáticas se popularizó muy tarde, cuando la variedad y las condiciones de conservación de los alimentos ya habían mejorado. Eran un producto caro porque también lo era el viaje. La malagueta (acaso la menospreciada) se halló en la costa de las actuales Sierra Leona y Liberia. La pimienta negra (la más empleada) en la costa malabar de la India. De Ceilán procedía la canela. De China el jengibre. Pero el gran reservorio de especias estaba aún más al Este, en las Islas Molucas, Indonesia, donde crecía el clavo, la nuez moscada y el macis, entre otras. Hasta la aparición de los portugueses, llegaron a Europa por la ruta de la Seda o a través del Golfo Pérsico o el Mar Rojo.

Lógicamente, la mayor parte de los beneficios de este comercio se quedaban en manos de comerciantes turcos o árabes (pero poco en las de indios o malayos). Los europeos las compraban con metal precioso, más bien oro que plata, sin que hubiera un comercio de vuelta mínimamente significativo. Dicho de otro modo: aquel comercio deficitario suponía una pérdida neta de numerario para el continente. Lo cual tampoco era nada distinto de lo que venía sucediendo desde el Imperio Romano. Ni, como veremos, cambiaría en los siguientes siglos.

Así pues, encontrar una ruta marítima que enlazara Europa con la India sorteando a los intermediarios prometía ser un gran negocio. Y, en efecto, cuando se lograba los beneficios estaban asegurados. Un ejemplo no demasiado extremo: el primer viaje de circunnavegación del planeta, la expedición [Magallanes-El Cano](#), también fue un pequeño desastre. De las cinco naves que partieron sólo una regresó (dos se volvieron desde la costa argentina; otras dos se perdieron). Los enfrentamientos con los reyes locales, el escorbuto, y la elusión de los puertos lusos causaron la muerte de casi toda la tripulación; sólo regresaron con vida 18 hombres. Sin embargo, los beneficios fueron extraordinarios, pues ese único barco trajo sus bodegas repletas de clavo y nuez moscada. Aunque menos dramática, esta misma fue la historia de muchas otras expediciones a Asia. Era casi inevitable que muchos navíos se perdieran; pero el balance era positivo con que sólo regresara uno de ellos.

Aunque los primeros viajes de los portugueses a la costa africana tenían otras motivaciones (la cruzada contra el Islam y el oro), la perspectiva de bordear África y alcanzar la India siempre estuvo presente; y se convirtió en un objetivo desde mediados del siglo XV. Cada nueva expedición debía llegar un poco más lejos que la anterior. Así, se fueron alcanzando la isla de Fernando Poo, la de Santo Tomé, la desembocadura del Congo, y la isla de Luanda (futura capital de Angola). En 1488 [Bartolomé Dias](#) descubrió y superó el cabo de Buena

Esperanza (o de las Tormentas). Y diez años más tarde [Vasco de Gama](#) finalmente llegaba a Calicut, en la costa sudoccidental de la India. A lo largo de esta ruta se fueron fundando pequeños asentamientos o “factorías”; en parte para servir al aprovisionamiento de las naves, pero también para el comercio de esclavos o diversos productos (marfil, oro y especias).

En la mayor parte de las costas de África no existía ningún comercio marítimo. Pero desde Tanzania se entraba en una de las regiones del mundo con mayor tráfico. Las mercancías de este comercio eran diversas. Sólo a título de ejemplo: esclavos, cacao y aceite de palma de la costa oriental de África; especias, tejidos de algodón y diversas manufacturas de India; porcelanas, sedas y manufacturas de hierro y cobre de China; especias de Indonesia; perlas de Japón... Y, por supuesto, metales preciosos, siempre con destino en India y China.

En la parte de esta extensa región a la que accedieron los portugueses, el mar Árabe, no existía un poder naval hegemónico. Desde hacía tiempo las naciones ribereñas mantenían entre sí largos conflictos; pero la guerra siempre se desarrollaba en tierra. La vocación militar de las grandes potencias era la de los nómadas de las estepas. De hecho, los tres grandes imperios de la región, el Otomano, el Safaví y el Mogol fueron fundados por líderes de hordas de jinetes. De ahí que la autoridad de los otomanos en muchos territorios de la Península Arábiga fuera más nominal que real. Y que todos los grandes centros urbanos y políticos del imperio safaví (Teherán, Isfahán, Tabriz...), o mogol (Delhi, Agra, Lahore, Ahmedabad, Benarés...) fueran interiores. En comparación con estas grandes urbes, algunas de ellas millonarias en población, las ciudades costeras del Índico y sus mares aledaños eran minúsculas. La mayor pudiera ser Basora, en la desembocadura del Tigris-Éufrates. Durante la Edad Moderna fue, en ocasiones, la capital de un minúsculo estado; y a veces la de una provincia del Imperio Otomano. Desde luego, resulta llamativo que una región con tanto tráfico comercial fuera tan irrelevante políticamente.

La llegada de los portugueses a este mundo supuso un verdadero cataclismo comercial; no tanto político. En muy poco tiempo, demostraron ser militarmente muy superiores a cualquier otro poder marítimo. En parte, esto obedecía al propio desinterés que el océano despertaba en los otros Estados. Además, los portugueses tampoco buscaron medir sus armas con todo el mundo; en diversas ocasiones mantuvieron alianzas tanto con safavíes como con mogoles. Pero cuando se enfrentaron a otros barcos y flotas, sobre todo otomanas, vencieron de forma aplastante. Disponían de muchas menos naves, pero eran más grandes. Y, sobre todo, estaban mucho mejor artilladas. Desde la llegada de la pólvora a Europa en el siglo XIV se habían hecho grandes progresos en la fabricación de todo tipo de armas de fuego. Debido a ello, a comienzos del siglo XVI la vieja técnica del espolón y el abordaje empezaba a ser inútil. Era más eficaz “ablandar” la cubierta enemiga a tiros y cañonazos, y sólo entonces iniciar el asalto. Precisamente la victoria de la armada cristiana en Lepanto (1571) frente a los turcos fue debida, básicamente, a la superioridad de los arcabuces españoles frente a los arcos turcos. Como, por cierto, el fracaso de la Armada Invencible en el Canal de la Mancha (1588) fue

debida, básicamente, a la superioridad de los cañones ingleses sobre los españoles.

De todos modos, el poder de los portugueses en el Índico debe relativizarse. Es cierto que no sufrieron ninguna derrota importante hasta la llegada de otros europeos pues contaban con suficiente potencia de fuego como para mantener algunas plazas estratégicas y hacer pagar tributo a otras. Pero también lo es que nunca lograron establecerse en el Golfo Pérsico (fracasaron en su intento de tomar Basora y otras plazas), y ni siquiera pudieran penetrar en el mar Rojo. Como tampoco dominaban territorio alguno fuera de sus pequeñas bases costeras, no estaban en condiciones de impedir que parte del comercio de especias siguiera las viejas rutas de cabotaje. De hecho, superado el primer golpe, ese tráfico siguió creciendo a impulsos de la demanda europea. En realidad, lo único que hizo Portugal fue apropiarse de una parte de aquel "pastel". Es significativo que a comienzos del siglo XVII la guerra entre otomanos y portugueses acabara inclinándose del lado de los primeros; eso sí, con la inestimable de ingleses y holandeses.

En la India los portugueses establecieron su base principal en Goa, un lugar idóneo para el aprovisionamiento de especias. También se asentaron en otras plazas indias (Bombay), y en enclaves estratégicos destinados a proteger las rutas con la India, como Zanzíbar (Tanzania), Adén (Yemen), Mascate (Omán) o la isla de Ormuz (en la entrada del Golfo Pérsico). Este último emplazamiento también tenía como finalidad atraer el comercio persa. Pero en ningún caso existió el propósito de controlar una gran extensión de terreno. Muy al contrario, a lo único a lo que aspiraban los portugueses era a dominar un enclave fácilmente defendible, con una población cristiana (a menudo, por conversión forzada de los lugareños), y preferiblemente con el acuerdo de los poderes cercanos.

La victoria dio alas a nuevas expediciones. Los portugueses alcanzaron la isla de Ceylán, Malaca (cerca de Singapur), Cantón (China) y las islas Molucas. Pero poco más de tres lustros después de la llegada a Calicut, el imperio portugués había alcanzado su cenit, y ninguna otra posesión importante se incorporaría en los siguientes decenios (aunque mucho más tarde vendrían otras, como Timor). Como en los casos de Venecia y Génova en el Mediterráneo, la denominación de "imperio" al conjunto de posesiones dispersas de la Corona portuguesa es muy desafortunada, y sólo persiste por la inmovilidad de la historiografía. Como veremos, lo mismo se puede decir de los "imperios" holandés y francés que le sucedieron; y también del británico hasta bien entrado el siglo XVIII.

Navegando más al Este, los portugueses volvieron a toparse con los españoles que desde América habían llegado a las Filipinas; un territorio que de acuerdo al Tratado de Tordesillas pertenecía a Castilla. En realidad, la línea de demarcación entre las semiesferas portuguesa y española no estaba clara, y sólo se resolvió en 1524 con la firma de un tratado cuyo "espíritu" resultará familiar. El Emperador Carlos V, siempre necesitado de dinero, reconocía la soberanía portuguesa sobre las Molucas a cambio de 350.000 ducados. El caso es que las Filipinas quedaron dentro del área española. En 1564 una

expedición mexicana (más que española) comandada por el guipuzcoano Miguel López de Legazpi afirmó la soberanía española. Durante mucho tiempo Filipinas sería el único gran territorio en Asia realmente ocupado por una potencia europea, siguiendo modelos similares a los de América. Aunque, en la práctica, la única consecuencia duradera de ese dominio fue la cristianización de su población. El archipiélago entabló un comercio de cierta importancia con Méjico y Perú a través del llamado "galeón de Manila". Pero el hecho de que (como siempre) se saldara con exportaciones de plata desde América hizo que las propias autoridades españolas lo frenaran.

En Indonesia los portugueses se convirtieron en la potencia marítima dominante. Establecieron varias factorías y descubrieron una nueva forma de ganar dinero: comerciando entre los Estados malayos, India y China. También propagaron la fe cristiana, convirtiendo al cristianismo a los habitantes de algunas comunidades de la India, las islas Molucas y Timor. Algunos misioneros jesuitas ([San Francisco Javier](#)) llegaron a China y Japón; con pocos resultados duraderos, aunque, como veremos más adelante, muy significativos desde la perspectiva de la Historia Económica.

Todo este comercio asiático se organizó de una forma muy distinta a cómo, por aquellos mismos años, se estaba realizando la colonización de Brasil. Las expediciones eran organizadas directamente por la Corona portuguesa. Al igual que hicieron los españoles con la Casa de Contratación de Sevilla, los portugueses canalizaban el comercio con Asia a través de un único punto, la *Casa de Indias* (antes tuvo otros nombres) de Lisboa. El modelo se repite incluso en la organización de la navegación, a través de grandes flotas anuales. El objetivo perseguido con esta política era monopolizar el comercio en beneficio del Estado. Sólo excepcional, temporal y tardíamente se permitió que ciertas zonas pudieran ser controladas por comerciantes privados. De este modo, el Estado portugués se convirtió en uno de los más ricos de Europa. Y Lisboa (no tanto el resto de Portugal) vivió una edad de oro durante el siglo XVI.

Con todo, el comercio portugués con Asia a lo largo del siglo XVI tuvo una tendencia decreciente tanto en valor como en cantidad. Esta situación se explica por la competencia de otras potencias y la recuperación de las rutas tradicionales. Lo cierto es que tampoco la gestión estatal parece haber sido especialmente eficiente: el control de Lisboa, o Goa, sobre los enclaves menores era muy limitado, había una evidente falta de coordinación, la corrupción entre los funcionarios estaba muy extendida... Sea cual fuere la causa, la creciente mengua de los ingresos del Estado y su incapacidad para seguir financiando las operaciones comerciales llevó a sucesivas aperturas al capital privado; especialmente desde 1570.

Es probable que esta situación ventajosa pero de creciente debilidad se hubiese quebrado más pronto que tarde. A fines del siglo XVI los progresos de otras potencias navales, y en particular de Holanda, hacían insostenible ese monopolio. En cualquier caso, los problemas se aceleraron cuando en 1580, tras la muerte dos años antes del joven rey [Sebastián I](#) en la batalla de Alcazarquivir (el último intento portugués para hacerse con Marruecos) Felipe II

heredó la Corona lusa. La unión de las dos monarquías ibéricas fue un desastre para la menor de ellas pues la implicó en los interminables conflictos de los Austrias españoles con las potencias protestantes. En poco tiempo, los navíos holandeses desplazaron a los portugueses del mar Árabe. E incluso, conquistaron brevemente las plazas brasileñas de Salvador de Bahía y Pernambuco (en esas conquistas se encuentra el origen de la Surinam, la Guayana holandesa). A largo plazo Portugal sólo consiguió mantener cuatro plazas en Oriente: Goa, Diu (India), Cantón (China) y Timor (Indonesia). Pero, en la práctica, significaban bien poco porque el gran comercio con Europa y dentro de Asia ya estaba en otras manos. Al final, para Portugal Brasil fue una inversión mucho más duradera y fructífera.

5.4 La conquista de América

Es de sobra conocido que [Cristóbal Colón](#) descubrió América por casualidad. Ésta es una de las pocas cosas seguras que se pueden decir sobre él, pues pocos protagonistas de la Historia han tenido tanto empeño en ocultar su pasado. Su mismo origen genovés no deja de ser una conjetura sustentada en una partida de nacimiento que bien pudo ser una coincidencia. Sus diarios están escritos en un castellano demasiado perfecto como para que su autor sea italiano; aunque, por supuesto, todo es posible. Puede que Colón fuera un judío converso castellano; o quizás un marino portugués. Existe toda una minidisciplina “colombica” que trata de desentrañar los arcanos del sujeto; un asunto que interesa a historiadores (y no pocos ocultistas) antes que a historiadores económicos.

El hecho es que a través de la lectura errónea de varios libros, incluida la Biblia, Colón llegó al convencimiento de que La Tierra era mucho más pequeña de lo que realmente era, de modo que era factible alcanzar Asia navegando hacia el Oeste. De ahí que tratara de convencer a varias monarquías europeas, y singularmente a la portuguesa, para que le financiaran un viaje hacia Occidente. Los monarcas lusos, que desde los tiempos de Enrique el Navegante tenían una idea bastante más exacta de la realidad, rechazaron su proyecto como disparato. Pero la reina Isabel de Castilla lo aceptó; quizás porque era poco lo que Colón pedía (pocos barcos y grandes derechos sobre las tierras conquistadas), y mucho lo que se podía ganar. Al fin y al cabo, siempre había la posibilidad de que, contra todo el saber de la época, Colón tuviera razón. Por supuesto, la expedición nunca llegó a Asia; pero por el camino encontraron América.

Así pues, el descubrimiento, conquista y colonización de América fue el resultado fortuito de un hecho que se anticipó varias décadas al momento en el que hubiera sido previsible. Cabe imaginar que sin Colón toda esta historia hubiera sido protagonizada por otra u otras naciones europeas. El caso es que fueron los españoles (quizás sería mejor decir los castellanos), y esto tuvo como consecuencia que las dos terceras partes del nuevo continente acabarán formando parte de la Hispanidad en lugar de la Francophonie o la Commonwealth. Éste es un dato importante que ayuda a entender gran parte

del colonialismo posterior. Llegar el primero era muy importante. En general, la potencia colonial que llegaba antes lograba mantener su posición. Por supuesto, todo dependía del grado real de ocupación. Portugal no pudo mantener su dominio en el Este de Asia. España perdió algunas colonias caribeñas. Más tarde, Francia perdió casi todo su primer imperio colonial. Pero, como veremos, incluso en estos casos la regla se cumple. Anticipemos, por ejemplo, que si Francia fracasó de modo tan estrepitoso fue porque nunca ocupó y pobló los territorios que teóricamente le pertenecían.

El descubrimiento de América tuvo lugar en 1492. En concreto, el 12 de octubre, fecha recordada, y más o menos celebrada, en la mayoría de los países de habla hispana como Día de la Hispanidad. En los siguientes 50 años los españoles se hicieron con un territorio que superaba varias veces el de España y el resto del Imperio español en Europa. Los dos grandes hitos fueron la conquista del Imperio Azteca por Hernán Cortes en 1521, y la del Imperio Inca por Francisco Pizarro en 1531. A lo largo de los últimos cinco siglos estas hazañas, y otras (el descubrimiento del Pacífico por [Vasco Núñez de Balboa](#), la expedición a la Florida y el Paraná por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el descenso del Amazonas por [Francisco de Orellana](#), la fundación de Asunción, Buenos Aires y Valdivia... etc.) han sido presentados en tonos épicos. Y en muchos sentidos hubo mucho de epopeya en toda esta historia. Las tropas de Hernán Cortes estaban formadas por unos pocos centenares de hombres; las de Pizarro apenas superaban el centenar. Y enfrente tuvieron ejércitos de miles o decenas de miles de hombres. La desproporción era tan gigantesca que superaba con creces las gestas de Alejandro Magno. Es indudable que el valor, por no decir temeridad, jugó un papel importante en las victorias.

Pero también lo es que sólo con valor no se ganan las batallas. Necesariamente los españoles tuvieron que poseer ventajas militares objetivas que les permitieron suplir su falta de hombres con una mayor efectividad en el combate. Y es que cada soldado español “equivalía” a muchos soldados aztecas o incas. Los grandes imperios americanos eran mucho más frágiles de lo que parecía, y por eso cayeron como castillos de naipes ante un empuje bélico que cualquier pequeño condado europeo hubiese podido arrostrar sin dificultades. Explicar porque unos Estados tan grandes eran tan débiles es más sencillo de lo que parece.

Ante todo, es importante tener presente que, con todos sus logros, las civilizaciones precolombinas estaban mucho más atrasadas que las de Eurasia. Este atraso incidía sobre la inmensa mayor parte de los ámbitos de la vida material e intelectual; y, entre ellos, los relativos a la guerra. Unos pocos datos son suficientes. En América se desconocía la metalurgia del hierro. Consecuentemente, la peor de las espadas de los españoles era mejor que la más bruñida de las de sus enemigos. Por supuesto, sin hierro no había armas de fuego; aunque, de todos modos, los americanos tampoco conocían la pólvora. Las “artes” militares, como cualquier otro conocimiento técnico, no tenían mayor sofisticación porque no se conocía la escritura (los incas) o ésta era de tipo jeroglífico o, más bien, pictográfico; y sólo tenía un uso religioso o mítico-histórico. Respecto al grado de desarrollo de la arquitectura –lo que también vale para las fortificaciones– baste decir que tampoco conocían la

bóveda. En los ejércitos americanos nunca hubo un cuerpo de caballería porque no había caballos ni ningún otro animal de gran tamaño (el mayor era la llama, en Perú). Como tampoco conocían (o no empleaban) la rueda, no podrían haber usado carros para atacar al enemigo o acarrear máquinas pesadas de guerra; que, por otro lado, tampoco fabricaron. Tampoco contaban con navíos de guerra. Los centros de los dos grandes imperios azteca e inca (y también los mayas), se situaban en el interior del continente. Es cierto que sus gobernantes controlaban extensas zonas costeras, pero nunca las prestaron demasiada atención. En realidad, esas sociedades miraban al interior, de modo que toda la actividad económica desarrollada en el mar se reducía a la pesca de algunos poblados. No existía comercio marítimo; de hecho, no existían relaciones de ningún tipo entre las dos grandes áreas en las que civilización había aparecido, Mesoamérica y los Andes. Esto también supuso una desventaja militar, pues los incas no supieron de la conquista del Imperio Azteca por la sencilla razón de que desconocían su existencia. En consecuencia, tampoco pudieron prepararse para la embestida de los españoles.

Por supuesto, todo lo anterior no significa que esas civilizaciones no alcanzaran logros notables. Los incas construyeron una espléndida red de carreteras; los aztecas y otros pueblos desarrollaron una próspera agricultura de regadío; los mayas tenían conocimientos astronómicos y matemáticos bastante avanzados. Todos desarrollaron estructuras políticas complejas, fundaron ciudades populosas, y construyeron grandes pirámides y otros templos. En cierto modo, lo más llamativo de esas civilizaciones no es la pobreza de su cultura sino precisamente lo contrario: el que con bases tan débiles fueran capaces de llegar tan lejos en determinados campos. Pero, al fin, eran pocos. Y en cualquier caso, la guerra se hace con armas.

Por supuesto, todo lo anterior hace referencia a la parte del continente americano regida por los imperios inca y azteca, los diversos reinos mayas y, quizás, otros Estados menores en el valle del Cauca y otras regiones de Colombia. Es decir, la parte “civilizada” de América. En términos demográficos era la mayor con diferencia; pero territorialmente era bastante mucho más pequeña que la parte “no civilizada”. En sí mismo esto es un nuevo indicio del atraso de las culturas precolombinas. Hacia 1500 muy pocos lugares de Eurasia (si es que alguno) seguían poblados por sociedades que vivieran de la caza y la recolección de alimentos. Incluso la agricultura de roza estaba en extinción. Sin embargo, estos eran los modos de vida de los indios del Amazonas, la Pampa o las Montañas Rocosas. Vivir de los animales que se caza, o de un terreno que se desbroza y cultiva dos o tres años para luego ser abandonado, tiene un inconveniente: se requiere mucho espacio para alimentar a cada individuo. Consecuentemente, las densidades demográficas de esos territorios eran muy bajas; así como la población total. Pocos hombres significan pocos soldados. Y también ausencia de metalurgia para elaborar espadas... etc.

Sin embargo, precisamente esos territorios fueron los que ofrecieron una mayor resistencia a la conquista. Pizarro necesitó un solo año para hacerse con Perú. Pero avanzar hacia Chile, poblado por los indios araucanos, le exigió a Pedro

de Valdivia más de diez años de penas y sufrimiento. Dificultades semejantes encontraron los españoles en todos aquellos lugares en los que los indios vivían en estado “salvaje”. En tanto en cuanto tuvieran bosques frondosos o grandes llanuras en los que protegerse era prácticamente imposible derrotarlos. Ésta es una de las razones (no la única) por las que el dominio español en América en el siglo XVIII territorialmente apenas se diferenciaba del que existía a finales del siglo XVI. Los españoles jamás ocuparon la cuenca del Amazonas, la desembocadura del Mississippi, ni el territorio situado a cuatro o cinco leguas de Buenos Aires o Asunción. No podían hacerlo o, más bien, no merecía la pena arrostrar los peligros que implicaba hacerlo. Este patrón de conducta volvió a repetirse en los tres siglos siguientes y en todos los continentes. A los europeos les resultaba mucho más fácil vencer a un Estado organizado que a una tribu movediza. Y, además, era más rentable.

Y es que, una vez vencidos los ejércitos de los grandes Estados la sumisión de la población común fue muy rápida. Inmediata en el caso de Méjico. Algo más lenta en Perú, donde hubo focos de resistencia hasta finales del siglo XVI. Con todo, nunca fue un verdadero problema. Francisco Pizarro, sus hijos y sus capitanes perdieron mucho más tiempo y sangre matándose entre ellos que combatiendo a los herederos del Imperio del Sol al que vencieron en 1531. En uno y otro caso el control del territorio fue rápido porque los españoles ocuparon el lugar que anteriormente detentaban las clases dirigentes. Hubo un proceso de “absorción natural” del poder que se vio facilitado por la estrecha vinculación de las esferas religiosa y civil en la América precolombina. La derrota militar y la ejecución de los dirigentes políticos también era la del estamento religioso; y en más de un sentido, la de los dioses antiguos. Quedaba un hueco enorme para aquél que pudiera ofrecer una alternativa. Y para hacerlo sólo estaban los soldados y los frailes españoles. El cambio de lealtades fue inmediato. La conversión al cristianismo fue tan veloz que enseguida generó sus propias advocaciones. Por ejemplo, hay testimonios sobre la primera ermita de la Virgen de Guadalupe menos de diez años después de la conquista de Tenochtitlán. Como veremos enseguida, a ello contribuyó de forma decisiva el cataclismo demográfico de la conquista.

En correspondencia se desarrolló la actitud “oficial” de los conquistadores hacia los conquistados. Los españoles que llegaron a América llevaron consigo el espíritu de cruzada de la Reconquista y la Contrarreforma. Desde su perspectiva el que los pueblos americanos no fueran cristianos les situaba en un plano inferior. No obstante, a los indios se les reconocía una importante cualidad: la de no ser musulmanes. De ahí que se les viera como ignorantes pero también como potenciales cristianos. Todo esto implicaba que, por un lado, no pudieran ser esclavizados. En repetidas ocasiones los poderes civil y religioso se pronunciaron tajantemente al respecto; lo que hace pensar que, en realidad, existían formas encubiertas de esclavitud. Sea como fuere, en el estricto sentido jurídico nunca hubo indios esclavos (habría que preguntarse porque no hubo tanta consideración hacia los negros de África). Pero, por otro lado, la posición legal del indio tampoco podía equipararse a la del cristiano. Como habían estado gobernados durante siglos bajo leyes bárbaras, en las que incluso tenían cabida los sacrificios humanos, no podía considerárseles responsables de sí mismos. Debían someterse al Gobierno de los cristianos

con objeto de que se convirtieran a la verdadera fe. Más aún; incluso una vez bautizado la posición del indio debía seguir siendo inferior a la del español; de modo semejante a cómo en Castilla el cristiano viejo era superior al judío converso. El desarrollo jurídico de esta filosofía, a la vez protectora y puerilizante, fueron las llamadas Leyes de Indias.

De todos modos, durante los primeros años de conquista la vida cotidiana anduvo por derroteros muy alejados de las opiniones de los juriconsultos sobre si el indio era “bueno” o “malo”. El territorio fue organizado sobre la base de la *encomienda*. Cada comunidad de indios era puesta bajo la responsabilidad de un español, el *encomendero*, que se responsabilizaba de la protección y educación religiosa de la población. A cambio, recibía tributos. Como los indios desconocían la moneda, y el uso de las que introdujeron los españoles tardó en extenderse, en la práctica esos pagos se realizaban en productos agrícolas o prestaciones personales. Dicho de otro modo: la encomienda era la traslación a América del modelo feudal europeo en su estado más primitivo, el de los siglos oscuros que siguieron a la caída del Imperio Romano. Al fin, tampoco era nada desconocido: los imperios azteca e inca exigían importantes contribuciones no monetarias a sus súbditos. El principal problema venía de la aplicación práctica de los principios teóricos. Existen muchos testimonios sobre los abusos cometidos por los encomenderos sobre sus indios. En muchos sentidos la encomienda sólo era un mecanismo de trabajo forzoso.

Hubo otras instituciones políticas y económicas. Con el tiempo las encomiendas fueron sustituidas por los *repartimientos* (que, en realidad, habían surgido de forma coetánea). Pero no de forma general, ya que en muchos lugares las primeras subsistieron; sobre todo en Perú y Chile. En los repartimientos los indios eran obligados a trabajar varios días en las haciendas o negocios de los españoles; típicamente, ocho días al mes. Los alcaldes de los poblados indios eran los encargados de repartir ese trabajo. Así pues, tampoco había grandes diferencias con la encomiendas. La principal era que la tutela de los indios, por entonces muy mayoritariamente cristianos, era desplazada hacia organismos públicos. Lo que finalmente implicó el declive o transformación de la encomienda fue la aparición de la gran propiedad, lentamente gestada en la etapa final de la colonización.

En algunas regiones los indios fueron puestos directamente bajo la protección de órdenes religiosas, como los jesuitas o los franciscanos, dando lugar a *reducciones*, como las de Paraguay. En las ciudades, muchas de ellas de nueva creación (por ejemplo, todas las costeras, desde Veracruz a Lima), se establecieron sistemas de prestaciones personales para la realización de obras públicas. De todos modos, en ellas la vida política se organizaba alrededor de los concejos municipales de modo semejante a cómo se hacía en Castilla.

En fin, los esclavos negros que llegaron a la América española antes del siglo XVIII, cubrieron distintos trabajos. En el Caribe –Santo Domingo– fueron empleados en haciendas e ingenios azucareros, en condiciones semejantes a las del resto del Caribe. En el continente, –lo que llamaron, Tierra firme, alrededor de Cartagena de Indias– en minas (por ejemplo, de oro), explotaciones de café y cacao, y el servicio doméstico. Acaso por las

características de estos empleos, y también por el escaso poblamiento de esas regiones, hubo una rápida manumisión. Antes de la independencia de Colombia la gran mayoría de su población negra eran libertos o hijos de libertos; otra “historia feliz” de esclavos.

Sobre este entramado local se establecieron otras organizaciones de mayor ámbito. La América Española fue dividida en varios virreinos que dependían del Consejo de Indias, uno de los órganos colectivos que asesoraban al monarca en sus decisiones. Por meras razones prácticas (la distancia) los virreyes tenían facultades amplísimas, de modo que su dependencia del Rey y del Consejo de Indias, aunque cierta en los asuntos importantes, era inexistente para todo lo demás. De ahí que fueran nombrados por un número limitado de años. En un principio hubo dos virreinos, el de Nueva España – desde el Oeste de los actuales Estados Unidos hasta Costa Rica, además del Caribe y Venezuela– y Perú –desde Panamá al Sur, salvo Venezuela–. Posteriormente se crearon otros dos: Nueva Granada –Colombia, Venezuela, Ecuador, Panamá y algunas regiones aledañas– y Río de la Plata –Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y parte de Brasil–.

La máxima autoridad judicial se encontraba en las reales audiencias, creadas a imitación de las chancillerías castellanas. Formadas por oficiales de Indias, letrados de las universidades españolas, ejercían una suerte de contrapoder frente a los virreyes. También el Tribunal del Santo Oficio –la Inquisición– llegó a América, pero sus intervenciones fueron aún más puntuales que en España porque, como allí, se ocupaba casi en exclusiva de la persecución de judíos y protestantes. Sólo en algunos casos los indios tuvieron que vérselas con este tribunal por supuestos delitos de hechicería (u otros, como la bigamia). En general, y fuera por la rapidez de la conversión o por la indiferencia de las autoridades, la intolerancia religiosa, tan característica de los españoles de entonces, no se tradujo en una masiva (ni casi puntual) persecución. De todos modos, conviene no perder de vista que la esencia del funcionamiento de la Justicia en América era la misma que en España; es decir, la de un sistema judicial basado en la desigualdad del hombre ante la ley en función del estamento al que pertenecía. La capacidad de las comunidades indígenas para recurrir a las instancias judiciales era muy limitada. En muchos sentidos, éstas vivían de espaldas a las instituciones. Contaban con sus propios dirigentes (los *caciques*, término que pasaría, con otro significado, a la política española del XIX) que intermediaban con las autoridades de españoles o criollos. Era lo que vino a llamarse la teoría de los dos reinos, el español y el indígena. El segundo subeditado al primero, pero también parcialmente autónomo.

En resumen, los españoles plantearon la conquista de América como una verdadera ocupación del territorio. Mientras que en Asia Portugal y otras naciones sólo aspiraban a dominar unas pocas plazas desde las que controlar las rutas comerciales, los españoles decidieron hacer del nuevo continente una extensión de España. Quizás esto sea lo más chocante. Pese a las evidentes diferencias entre América y España, desde una perspectiva política y jurídica primaba el deseo homogeneizador. De hecho, la expresión “colonia”, tan habitual en la historiografía, no tiene uso hasta finales del siglo XVIII. Por extraño que parezca, en sentido estricto (o, si se quiere, jurídico) América

nunca fue una colonia española. Sólo era una parte integrante del Imperio Español como podría serlo Nápoles o Flandes; con instituciones peculiares como las que podría haber en esos lugares. Como en España, la posición social del individuo venía determinada por la de los padres, pero no por el lugar de nacimiento o, incluso, la raza. Otra cosa es que pocas veces los indios tuvieron una posición social elevada.

Pero el enfoque jurídico no es el que aquí interesa. Nuestro foco está situado en el funcionamiento de la economía. Y sobre esto, y sobre todo, el elemento decisivo fue el cataclismo demográfico que siguió a la Conquista. Es muy difícil saber cuántas personas poblaban América antes de la llegada de los españoles. Como no existen registros sólo se pueden formular conjeturas sobre el número de habitantes basadas en el tipo de agricultura, el tamaño de las ciudades y otros indicios. Los márgenes de error son muy grandes, lo que explica que se hayan manejado cifras muy variadas, desde los 25 hasta los 100 millones de personas. Sea cual fuera la correcta, sobre lo que no existe ninguna duda es que con la conquista el número de habitantes de los territorios controlados por la Corona Española cayó de manera brutal. Si a comienzos del siglo XVI el territorio de Nueva España sumaba, digamos, 15 millones de habitantes, en 1570 habría poco más de tres millones; y hacia mediados del siglo XVII, en el posible punto más bajo de la serie, no llegaría a dos millones. En 1790, cuando se realiza el primer censo mínimamente fiable, la población se había recuperado hasta 4,6 millones de personas. En fin, podemos dar casi por seguro que, al menos, hasta mediados del siglo XIX América no alcanzó la población que tenía antes de la conquista. Bien entendido que la catástrofe demográfica acompañó la llegada de los europeos, por lo que el mayor declive de la población indígena de las llanuras de Norteamérica, del Chaco o de las Pampas no sucedió hasta que llegaron los vaqueros y los gauchos. Y que el exterminio de la mayor parte de la población india de la Cuenca del Amazonas no ha tenido lugar hasta el siglo XX.

La causa principal, aunque no única, de la muerte de tantas personas fueron las enfermedades. En los cien años que siguieron a la llegada de los españoles una sucesión de epidemias asoló América. Los indios morían de enfermedades como la tuberculosis, el sarampión o la viruela; dolencias que también padecían los españoles, pero que en ellos tenía una incidencia letal mucho menor. Vimos las causas probables de este proceso en el capítulo 1. Ahora estudiaremos su incidencia y consecuencias sociales.

La proximidad “física” a los conquistadores no parece haber sido un elemento decisivo en la propagación de las enfermedades. Éstas se transmitieron con una velocidad de vértigo, y sólo se salvaron las poblaciones más atrasadas y aisladas del continente. En realidad, ni siquiera éstas: fue muy frecuente que el primer golpe infeccioso llegara antes de la Conquista. Por ejemplo, poco antes de que Pizarro entrara en Perú los incas habían sufrido una devastadora epidemia de viruela. Se supone que la enfermedad fue traída por algún indio que previamente tuvo contacto con los españoles. Fuera como fuese, la viruela hizo su “aportación” a la victoria española; aunque seguramente no fue

decisiva. En lo que las epidemias sí lo fueron fue en la cristianización y españolización de América, como enseguida veremos.

Las epidemias no fueron un hecho puntual circunscrito a los primeros años de la conquista. Muy al contrario, se extendieron durante muchas décadas. Tal y como había sucedido en Europa durante siglos, hubo aletargamientos y rebrotes continuos. Y también regularmente aparecieron enfermedades hasta entonces desconocidas a medida que nuevos portadores llegaban al continente; por ejemplo, niños con varicela (los adultos no transmiten la enfermedad). Este permanente estado de inseguridad sanitaria tuvo que tener consecuencias importantes sobre la mentalidad colectiva.

Y esto mismo guarda relación con la que pudo ser la segunda causa del gran declive demográfico de América. Por los testimonios de la época, pero también por comparación con lo sucedido en otros ámbitos mejor conocidos –por ejemplo, los maoríes de Nueva Zelanda–, sabemos que la respuesta de la población amerindia al colapso de su civilización fue muy recesivo. En un entorno apocalíptico, un verdadero fin de los tiempos, muchos indios decidieron no tener hijos. Hubo un aumento significativo de los abortos e infanticidios. Por supuesto, no todo el mundo reaccionó de la misma manera. Los indios que asumieron la nueva realidad con más rapidez, por ejemplo, bautizándose, parecen haber sido los que estaban más predispuestos a tener hijos. Esto ayuda a explicar porque América experimentó una mutación cultural tan drástica y rápida. La supervivencia de los niños estaba directamente relacionada con la capacidad de adaptación de sus padres.

En la medida en la que este desmoronamiento cultural generó tanto sufrimiento es posible atribuir una responsabilidad a los conquistadores. Aunque desde su punto de vista lo único que hacían era salvar a los indios del fuego del infierno. Sin embargo, la catástrofe demográfica tiene otros perfiles menos justificables desde los parámetros de la época y de las creencias cristianas. Como no hubo impedimentos políticos para la denuncia de los abusos, estos pronto fueron conocidos. Hubo intereses políticos dirigidos a propagar una *Leyenda Negra* que, por lo demás, tiene un sustento firme en escritos como los del fraile dominico [Bartolomé de las Casas](#). El problema fundamental estriba en que sin datos estadísticos los testimonios, por muy ciertos que sean, no dejan de ser eso: relatos de hechos puntuales. Es decir, impiden conocer su extensión. Nótese que desde un punto de vista jurídico el sistema establecido por las Leyes de Indias podría ser estúpido e injusto, pero no criminal.

No obstante, se pueden extraer algunas conclusiones. En primer lugar parece claro que la aplicación de la normativa dejó mucho que desear. Los abusos de los encomenderos están ampliamente probados. Es más complicado averiguar hasta qué punto tuvieron incidencia real en las elevadas tasas de mortandad. La inmensa mayor parte de las muertes se produjeron por enfermedad. Anteriormente hemos argumentado que en Europa el agravamiento de las epidemias por las malas condiciones de alimentación no parece haber sido tan grave como se ha supuesto. Dicho de otro modo, el elemento epidemiológico sería decisivo, y poca responsabilidad podría atribuirse a los abusos en unas muertes que, desde este enfoque, hubiesen sucedido de cualquier modo. Pero,

en fin, en todo esto hay un cierto grado de especulación. Y, por supuesto, quedan al margen los estragos de la economía minera, que veremos enseguida.

Lo que parece claro es que el interés de los españoles por proteger la vida de los indios estaba en relación directa con su grado de civilización; que también guardaba relación con su número. Por ejemplo, los indios tainos del Caribe fueron exterminados (se discute su aportación genética a la población caribeña, un asunto bastante menor). Era previsible: eran pocos, la mayoría murieron con las epidemias, y los que quedaron no formaban comunidades políticas complejas sobre las que asentar un nuevo orden. De ahí que, en el mejor de los casos, fueron asimilados por la creciente población europea (y, según los casos, africana). Algo similar sucedió con otras comunidades primitivas. Al día de hoy los países de América Latina bañados por el Atlántico tienen muy poca población indígena; insignificante con relación a la de procedencia europea o africana. Precisamente en esos países el desarrollo de las civilizaciones precolombinas fue menor. Y por eso mismo las regiones que entonces estaban más desarrolladas son las que conservan una mayor población indígena y parte de su anterior cultura.

Algunas de las actividades económicas fomentadas por los españoles tuvieron consecuencias desastrosas sobre los indios. Así, la introducción del ganado bovino en Centroamérica o los Llanos de Colombia arrinconaron a las poblaciones preexistentes. No obstante, muchas veces la ganadería se extendió sobre tierras que habían perdido a gran parte de su población como consecuencia del desastre demográfico. Por otro lado, la introducción de vacas, cerdos, cabras, ovejas, caballos animales permitió a los indios acceder a alimentos de los que prácticamente nunca habían disfrutado: leche y carne. Así como de una más fuerza de tiro para arados o carros, y de una fibra con la que elaborar tejidos. En las civilizaciones amerindias sólo existía un animal que satisfacía parte de esas necesidades, la llama. Y aunque tenía ciertas ventajas sobre los animales europeos, fundamentalmente la aclimatación al espacio, no les igualaba en muchos otros aspectos. En cualquier caso, la llama sólo habitaba en las regiones andinas.

Pero lo que pudo tener mayores consecuencias demográficas fue la explotación de las minas de metal precioso. Más adelante volveremos sobre este aspecto central de la economía americana. Lo que ahora interesa señalar es que el sistema de repartimientos con el que se explotaron generó una verdadera sangría humana. En Perú este sistema tenía un precedente en una institución precolombina, la *mita*. Reproduciéndola (incluso en el nombre con el que habitualmente se conocía) cada pueblo debía proporcionar cierto número de hombres jóvenes al año para el trabajo en las minas, en las que la tasa de mortalidad era enorme; quizás siete de cada diez mineros morían en [Potosí](#), ya fuera en la extracción del mineral, ya en las actividades asociada, como la amalgama. Se cree que la relativa menor tasa de "indigenismo" de ciertas regiones del Sur de Bolivia puede estar relacionada con esta institución. Con todo, el trabajo en las minas no siempre era forzado. Lentamente fue aumentando la proporción de trabajadores asalariados, sobre todo en los puestos que exigían una mayor especialización laboral. Más que nada, esto

sugiere una elevada precariedad laboral, con una economía de salarios muy bajos. Esta evidencia reaparece en otros casos, y se contrapone fuertemente con lo que sucedió en Norteamérica. Pero sobre estas cuestiones volveremos en otro capítulo.

Como hemos señalado antes, buscar responsabilidades morales a hechos pasados es una tontería en la que sólo parecen estar interesados ciertos caudillos populistas iluminados por sus propias genialidades. Dicho lo cual, hay que descartar una visión idílica de la conquista y colonización. Los españoles no buscaron el exterminio de la población autóctona. Pero lo que en muchos casos persiguieron fue la utilización sin escrúpulos de esa población en su propio beneficio. Sólo cuando esto era imposible el exterminio fue la solución aplicada... si es que el esfuerzo merecía la pena. Ésta no es una historia edificante, pero tampoco constituye el peor de los crímenes de la Humanidad.

5.5 El oro y la plata de América

Hasta ahora hemos dejado sin contestar una pregunta: ¿por qué los españoles fueron a América? Por supuesto, descubrir las motivaciones últimas de los conquistadores es poco menos que imposible. Hubo quien marchó por el mismo amor al peligro; o para predicar la fe cristiana; o por el deseo de poseer tierras y convertirse en una especie de señor feudal. Y, por supuesto, también por el deseo de enriquecerse. Lo que no estaba claro era cómo. Una vez que se descartó que las nuevas tierras formaran parte de Asia, también se puso de manifiesto su pobreza y falta de atractivo. En el Caribe no existían ni ciudades ni especias con las que comerciar (hubo una excepción poco relevante: la vainilla). Debido al clima no era posible cultivar muchas de las plantas habituales en Europa, como el trigo, el centeno o la cebada. El único cultivo remunerador era la caña de azúcar; pero su producción estaba controlada por los portugueses, que podían proveerse fácilmente de esclavos. En resumen: al margen de su valor estratégico como “puerta de América” el Caribe carecía de interés para la Corona española o los españoles. Esto explica que, por ejemplo, la ocupación de Florida se redujera a la fundación de una ciudad (San Agustín); que el resto de la costa caribeña de los actuales Estados Unidos fuera ignorada; que hasta el siglo XVIII Cuba fuera una isla casi despoblada con una gran ciudadela marítima, La Habana; que algunas pequeñas islas se convirtieran en base de piratas; o que, en fin, España perdiera algunas de ellas a manos de holandeses, ingleses o franceses.

Pese al escaso valor del Caribe, las exploraciones y conquistas continuaron. Castilla siguió volcando hombres fieros y valientes sobre aquellos territorios que, cada vez más, dejaron de ser un destino para convertirse tan sólo en una etapa de tránsito. Y es que, por lamentable que fuera la realidad del Caribe, las expectativas puestas en la “Tierra Firme” eran muy altas. Allí se esperaba encontrar lo que hasta entonces nadie había visto: ciudades, civilización y gente. Y, en efecto, eso fue lo que se halló en Méjico y Perú. Y también mucho metal precioso; pero no tanto oro como plata.

Como vimos, el oro fue el segundo motor (el primero fue la continuación de la Reconquista) de las expediciones portuguesas a la costa occidental de África. Y “oro” es la palabra más repetida en el famoso diario del primer viaje de Colón. Los descubridores y conquistadores anhelaban enriquecerse rápidamente apropiándose de inmensos tesoros. Y nada más elocuente de esta pulsión que la pervivencia del mito de El Dorado. Según cierta leyenda de los indios de Colombia, cada año un cacique de la región era cubierto con polvo de oro, y luego se bañaba en una laguna a la que también se arrojaban otros objetos valiosos. De este modo, esa laguna se había convertido en un inmenso depósito de riquezas. Este relato, que quizás sea cierto, aunque también exagerado, despertó la fantasía de los españoles. Los indios, advirtiendo su avaricia, embellecieron la historia, y el relato fue avanzando de boca en boca adquiriendo tintes cada vez más espectaculares. El fracaso de muchas expediciones en encontrar esa laguna no desalentó a los buscadores, y todavía en el siglo XVIII, dos siglos largos desde que se tiene la primera noticia de El Dorado, en Nueva España se seguían organizando expediciones para su búsqueda. Incluso [Voltaire](#) parece haber bromeado sobre el asunto. En su [Cándido](#) el protagonista y sus amigos llegan a un maravilloso país, más o menos por Brasil, donde el oro carece de valor precisamente por abundante. Lo paradójico de todo esto es que los españoles no encontraron demasiado oro en América. Una parte lo consiguieron al saquear los tesoros de los reyes azteca e inca. Otra explotando yacimientos en el mismo Caribe (donde pronto se agotaron) y en México. Pero en ningún caso hablamos de cantidades fabulosas.

Pero las expectativas se cubrieron con creces con otro metal precioso: la plata. En América los españoles encontraron dos grandes minas: Zacatecas, México, y [Potosí](#), Bolivia; así como otras, más pequeñas, en México. La importancia de Potosí fue inmensa. Desde su puesta en explotación en la década de 1540 hasta la misma independencia de Perú-Bolivia fue la mayor mina de plata del mundo. La ciudad de Potosí se convirtió en la mayor aglomeración urbana del hemisferio austral; en su mejor momento, a comienzos del siglo XVII, pudo haber albergado unas 160.000 personas. Aproximadamente la mitad eran españoles, y la otra mitad indios de la mita (“mitayos”) muchos de los cuales morirían antes de abandonarla. Claro que llamar “ciudad” a la sucesión de barracones en los que se apiñaban mineros y obreros puede resultar excesivo. Por lo demás, la misma ubicación geográfica de Potosí la situaba muy cerca de alguna curiosa variedad del infierno. En medio de la nada, a 4.000 metros de altura (y más en lo alto del cerro, donde estaba la mina), el clima era helado y seco, el agua faltaba, y mismo oxígeno era un bien escaso.

La importancia de Potosí y Zacatecas en la economía americana se revela de muchos modos; pero quizás ninguno tan significativo como la balanza comercial. Para los españoles América era un continente muy deficitario. Por supuesto, las poblaciones indígenas no tenían necesidad de los productos europeos; aunque esto iría cambiando poco a poco. Pero no sucedía lo mismo con la creciente comunidad de origen español, que dependía de las importaciones para proveerse. Como la producción industrial española era incapaz de satisfacer esa demanda, y como el mercado americano estaba reservado, se fue desarrollando un extenso contrabando de productos

Europeos. En el siglo XVIII la América española se convirtió en uno de los principales mercados exteriores de Gran Bretaña. Aunque ilegal, el negocio era conocido, tolerado y hasta promovido por las propias autoridades hispano-americanas, que encontraban en él una forma de obtener ingresos adicionales. Dado que el origen del problema estaba en una abrumadora diferencia entre la calidad y capacidad de producción industrial de España y, sobre todo, Gran Bretaña, el problema sólo hubiera encontrado una solución definitiva con la plena liberalización del comercio. Incluso hubo un primer paso. En el tratado de Utrecht, la fuerte posición negociadora inglesa (o la debilidad de España) condujo al llamado *barco de permiso*, es decir, una autorización muy limitada de comercio directo entre Gran Bretaña y el Imperio español en América. También es cierto que esta cláusula no tuvo continuidad. En todo momento los Borbones (como antes los Austrias) mantuvieron la exclusividad del mercado americano para los fabricantes españoles; al menos, oficialmente. La demanda de un comercio libre terminó constituyendo una de las reivindicaciones de la burguesía criolla, el grupo social más activo durante las guerras de emancipación.

En fin, América hubiera podido convertirse en un negocio ruinoso (de todos modos, y como veremos, lo fue; pero por otros caminos) de no haber sido por la explotación de la plata. Las remesas de este metal equilibraban el crónico déficit comercial generado por los propios españoles. La plata no sólo era la principal partida de las exportaciones; podría decirse que casi era la única. Hasta el siglo XVII los metales preciosos suponían más del 80% del valor de las exportaciones de América. La inmensa mayor parte del resto se repartía entre cuatro productos: dos tintes, la cochinilla y el añil, los cueros y el azúcar. El declive de la producción argentífera y el aumento de las exportaciones de otras mercancías (cacao y, luego, azúcar) dieron algo más de variedad al comercio. Con todo, todavía a finales del siglo XVIII la participación del valor de la plata en las exportaciones seguía siendo mayoritaria. Y es que la producción industrial americana sólo abastecía el mercado de la propia América; al principio por su propia debilidad, y ya en el siglo XVIII también por la política mercantilista de los Borbones. En resumen, sin plata no habría habido forma de mantener un comercio deficitario. Ni, en consecuencia, hacer económicamente viable la explotación de América.

La importancia de la minería argentífera igualmente se pone de manifiesto en su influencia sobre los otros sectores económicos. Ya vimos como la organización de los *repartimientos* tuvo consecuencias letales para muchos indios. Pero la movilización de la fuerza de trabajo no fue la única que exigió la explotación de la plata. Las minas y los mineros necesitaban pertrechos de todo tipo; por ejemplo, madera y sal para los primeros, y carne para los segundos. Esto originó el desarrollo de rutas comerciales que, en algunos casos, tenían un alcance muy largo. Algo similar sucedió en Minas Gerais, Brasil, donde la explotación de las minas de oro con mano de obra esclava llevó al desarrollo de una ganadería extensiva.

Otra actividad económica surgida al calor de la explotación de oro fue la minería del mercurio. En la Edad Moderna la extracción de la plata (o cinabrio) del mineral se conseguía mediante la llamada *amalgama*, un procedimiento

que exigía el uso de este metal líquido. Precisamente los españoles contaban con la mayor mina de Europa, la de Almadén. Pero Ciudad Real está muy lejos de América, y la producción de tanta plata exigía cantidades de mercurio que ni siquiera aquella mina podía satisfacer. La solución vino con el descubrimiento de la mina de Huancavelica, Perú, para cuya explotación se implantó otro sistema de trabajo forzado con indios. Y es que las emanaciones del proceso destinado a la extracción del mercurio eran letales (el mineral en el que se encuentra, el azogue, es una venenosa combinación de azufre y mercurio). De este modo la excavación de la mina hizo de ella un matadero de indios comparable a los de Potosí o Zacatecas.

Aunque las autoridades españolas emitieron bastantes normas para proteger la vida de los indios en las minas, todo hace pensar que la preocupación por el mantenimiento de la producción de plata (y mercurio) era mayor. Al fin y al cabo, de ella dependía una parte sustancial de los ingresos del Fisco, el llamado *Quinto Real*; es decir, la quinta parte del metal precioso que debía ser entregada a la Corona. Para recaudarlo se establecieron un conjunto de órganos dirigidos a pesar y valorar la plata. Y se organizó un sistema de convoyes anuales destinados a transportar el metal desde América a la Península con seguridad. Al contrario de lo que se sugiere en las películas de piratas, los españoles tuvieron bastante éxito en proteger esa valiosa mercancía de las avaricia ajena. Bastante más que de las tormentas y huracanes del Caribe que, al parecer, causaron muchas más pérdidas que los piratas.

O que la barra de Sanlúcar (de Barrameda). Al igual que Portugal, la monarquía española centralizó todo el tráfico de América con España por un solo puerto, el de Sevilla. Esta decisión se justificaba en razones administrativas y de seguridad; por ejemplo, facilitaba el cobro de impuestos. Pero tenía importantes inconvenientes. De forma señalada, el hecho de que Sevilla era un puerto fluvial con una complicada salida al mar. De ahí que se perdieran muchos barcos en la barra de Sanlúcar y otros puntos difíciles de la desembocadura del Guadalquivir. Para resolver este problema se autorizó a los navíos a recalar en Cádiz donde podrían dejar o recoger hasta un tercio de la carga de las bodegas. Éste es el origen de la prosperidad del puerto gaditano, que más tarde, durante los dos primeros tercios del siglo XVIII asumió las funciones del de Sevilla. En todo caso, se mantuvo el principio de centralización, que sólo sería levantado con las reformas ilustradas del último tercio del siglo XVIII.

De todos modos, la plata no se quedaba en España, ya que más pronto que tarde se encaminaba hacia los mercados europeos. En un mundo globalizado como el actual esto parece poco menos que inevitable; pero no lo era entonces o, al menos, no se creía que lo fuera. La Corona prohibía la exportación de moneda o metal precioso. Sin embargo, el contrabando y las autorizaciones especiales (llamadas *licencias de saca*) condujeron a un drenaje hacia el exterior. En el fondo subyacían dos causas: la baja competitividad de la industria española y el enorme endeudamiento de la Corona. Por lo demás, las monedas españolas de elevada ley eran un activo valioso en Europa. Por

razones semejantes el oro portugués también derivaría hacia el mercado británico.

A este desembarco de metal precioso en España y Europa se le han atribuido dos grandes efectos económicos. El primero es la inflación. Al respecto, durante mucho tiempo ha existido un largo debate, que en un momento determinado, alrededor de las décadas de 1950 y 1960 tuvo cierta trascendencia dentro de otro mucho más amplio: el que enfrentaba a keynesianos y monetaristas. Pero lo cierto es que después de 80 años desde que se planteara por primera vez la posible conexión entre remesas de plata e inflación (habría que decir que de modo “formal”) lo mejor que se puede decir es que el debate ya no es un debate; tan sólo el título de un capítulo ineludible en cualquier manual de Historia Económica: “La revolución de los precios (en Europa, en España, en el siglo XVI, en la Edad Moderna... etc.)”. Claro que el mismo título es cuestionable. La inflación del siglo XVI tuvo poco de “revolucionaria”; al menos si la medimos con los parámetros actuales: alrededor del 2% anual. También es cierto que, comparada con la Edad Media, fue una gran inflación.

Sea como fuere, ¿cuáles fueron sus causas? En su momento se formuló una explicación muy sencilla. Si en un sistema económico incrementamos la masa monetaria por la vía que fuere (imprimiendo más billetes, porque se encuentra nuevos yacimientos de metal precioso... etc.) el resultado previsible es que aumenten los precios. Por supuesto, ni todo incremento de la masa monetaria ocasiona un aumento de los precios (puede satisfacer una demanda previa de moneda, de modo que sólo estimula las transacciones económicas), ni todo aumento de los precios tiene que ser causado por un aumento de la masa monetaria (hay infinidad de posibles causas detrás de la inflación). Pero parece razonable suponer que la llegada a Europa de una enorme cantidad de plata necesariamente tuvo que tener un efecto inflacionista.

La cuestión giró en torno a la importancia de este efecto. Y de ahí que las aportaciones más relevantes nunca hayan sido teóricas, sino que han venido por una medición más precisa de las macromagnitudes económicas; a menudo, resolviendo cuestiones espinosas como el contrabando. Dicho de otro modo: cabe preguntarse hasta qué punto ha existido un debate. Ninguno de los bandos en liza cuestionó ni qué la inflación tuviera otras causas, ni qué la llegada de la plata estimulara los precios. El caso es que según las “últimas” investigaciones (muchas tienen más de 30 años) no parece que la llegada del metal precioso tuviera demasiados efectos sobre los precios. Algunos datos: Antes de la llegada de los españoles a América los precios ya estaban creciendo. Siguieron haciéndolo con fuerza en la primera mitad del siglo XVI; pero más que en la segunda mitad, a pesar de que fue entonces cuando llegó más plata. En conjunto, los precios se estabilizaron y cayeron en el siglo XVII, cuando seguían llegando grandes remesas de América. Desde otra perspectiva, los precios crecieron con igual fuerza en países a los que, presumiblemente, no llegó mucha plata –Polonia– como hacia aquellos que sí llegó –España–.

Todo lo cual da un aspecto mucho más interesante al asunto. Si, al final, la plata no era tan importante, ¿por qué crecieron los precios? Puede encontrarse una respuesta releendo el capítulo tres. Durante el siglo XVI las economías europeas se encontraban en la fase alcista del ciclo agrario y demográfico que acompañó el primer siglo largo de la Edad Moderna. Un mercado en el que crece la población, pero que no ve cómo los recursos crecen al mismo ritmo, buscara el equilibrio en unos precios más altos. O dicho de otro modo, el alza de los precios es un indicio muy seguro de la expansión económica; y no (o no tanto) del aumento de la masa monetaria.

El segundo efecto importante de la llegada de metal precioso atañe a la Monarquía española. Como es bien conocido, las posesiones europeas de los Austrias abarcaban una parte considerable de Europa. Además de la Península Ibérica (incluido Portugal desde 1580), la mitad meridional de Italia, el Milanésado, los Países Bajos, y otros territorios menores. Además, Carlos V fue emperador del Sacro Imperio Germánico, lo que implicaba una jefatura más o menos efectiva sobre Alemania (y, a su muerte, quedó en manos de los Habsburgo de Austria, con quienes siempre hubo una estrecha alianza). Como veremos, el mantenimiento de tantas y tan diversas naciones tenía un coste enorme debido a diversos problemas políticos; el principal de los cuáles (o quizás su excusa) fue la propagación del protestantismo. Los ingresos eran diversos, pero repartidos de modo muy desigual. Con diferencia, Castilla era el principal soporte fiscal de aquel imperio. En todo caso, la precaria situación hacendística hacía que la guerra y el resto de los gastos fueran financiados con crédito.

Y aquí es donde entra en juego la plata. La capacidad de endeudamiento de un Estado (o una empresa) depende de la relación entre su Deuda y sus ingresos. Si el Estado tiene muchos ingresos y poca deuda puede obtener crédito con facilidad. Por tanto, esa relación marca el límite del crédito que puede obtenerse bajo condiciones normales. La puesta en explotación de las minas de plata en América generó en la Corona española la expectativa de que el Estado podía endeudarse de forma ilimitada; una idea que enlazaba con la visión providencialista que Felipe II (y otros Austrias) tenían sobre su propio papel como director de la lucha contra el hereje protestante y el turco mahometano. Para los prestamistas, la existencia de esas minas significaba que, en el peor de los casos, el Estado español siempre dispondría de unos recursos fijos. Y no era una suposición equivocada: América siguió enviando remesas de plata hasta la misma independencia.

El problema era que el endeudamiento superaba con creces los ingresos generados por las propias minas. De hecho, los ingresos de la Corona en Castilla eran considerablemente mayores que los proporcionados por América. Así que el papel desempeñado por la plata no sólo no fue amortizar la Deuda de la Corona, sino exactamente el contrario: proporcionar la ilusión monetaria suficiente para incrementar esa Deuda. En la segunda mitad del siglo XVI el Estado español tuvo que declarar por tres veces la bancarrota; lo que, en realidad, supuso una transformación de los títulos de deuda a corto plazo por otros de deuda a largo plazo.

En resumen, los efectos económicos sobre Europa y, en particular, sobre España, de la llegada de grandes cantidades de plata pudieron ser poco importantes o negativos. Estimularon los precios, pero seguramente menos de lo que se ha supuesto. Alentaron el endeudamiento de la Corona española y, por tanto, la guerra. Merece cuestionarse si, a la postre, la explotación minera no proporcionó más perjuicios que beneficios; no ya en América, sino en la propia Europa.

Y es que ni siquiera los efectos positivos sobre la economía derivados de la posesión de un mayor numerario tampoco están claros. El ciclo de la plata no termina en Europa. Como vimos, la balanza comercial con Oriente era (y siempre había sido) muy deficitaria. La única forma de cuadrar esos saldos era con exportaciones de metal precioso. Desde mucho antes del descubrimiento de América la plata “valía” más en Asia que en Europa. Este “valor” se mide a través de la llamada relación bimetálica, es decir, la cantidad de plata equivalente al mismo valor en oro. En Europa esa relación se situaba por encima de 1 a 10, mientras que en Asia a comienzos de la Edad Moderna podría estar alrededor de 1 a 7. En otras palabras, se necesitaba más plata en Europa para comprar la misma cantidad de oro. Así que, desde el punto de vista asiático, el que los españoles encontraran plata fue una circunstancia afortunada. La elevada apreciación de la plata en Oriente tenía su origen en China. Aunque aquella era una economía bastante cerrada al exterior, existía un tráfico estatalizado que servía, entre otros fines, para la provisión regular de la plata que exigía el sistema monetario. Y es que a comienzos del siglo XV China había optado por un patrón monetario basado en ese metal precioso. En otro momento veremos las ventajas e inconvenientes de los patrones oro, plata y bimetálico. Lo que por ahora viene al caso es que esa decisión, acertada o errónea, no estuvo condicionada por la producción de unas minas desconocidas en un desconocido continente.

En definitiva, la plata extraída de Bolivia y México llegaba a los mercados financieros de Europa sólo para redirigirse hacia la India y China. Más adelante, el oro de Brasil movió un circuito semejante; la principal diferencia era que primero se cambiaba por plata, y era ésta la que marchaba a Oriente. Pero en cualquier caso, el metal precioso huía de Europa. Este enfoque monetario (o, mejor dicho, metálico) de las relaciones comerciales de Europa con el mundo durante la etapa de gestación del colonialismo proporciona una visión singularmente interesante de su papel en la globalización de la economía. Europa tan sólo habría sido un lugar de paso; lo que entraba por un sitio salía por otro. Aunque también es cierto que de la mera intermediación se pueden obtener valiosas rentas y beneficio indirectos, como la gestación de una activa clase comercial. Volveremos sobre esto en otro momento.

5.6 Holandeses en Indonesia. Un buen negocio, y nada más.

1566 es una fecha importante en la Historia europea porque señala el comienzo de la guerra de independencia de Holanda. Su origen no está en ninguna aspiración colectiva de “un pueblo que se siente nación” o cualquier

otra milonga nacionalista tan habituales hoy en día (y no sólo en España). Es cierto que el territorio situado al Oeste de los países germánicos y al Norte de Francia (por lo demás, mal definido) existía una diferenciación cultural evidente. También lo es que la evolución económica de aquella región era muy distinta a la de otros países, y que sus habitantes sentían una cierta incomodidad por la dependencia de un poder externo. Pero lo cierto es que [aquel complejo entramado de Estados](#) nunca había formado una unidad política, cultural o económica.

La causa principal de la guerra fue, como tantas veces, el odio religioso; o si se prefiere, el empeño de los Austrias españoles por imponer el catolicismo en una sociedad que había abrazado el protestantismo calvinista. Fue uno de los conflictos más enquistados de la Edad Moderna, y un pozo sin fondo para las arcas de Felipe II. Hasta 1609 Holanda no logró la plena independencia, aunque desde 1579 ya existía algo parecido a un Estado, la Unión de Utrecht. De todos modos, los Países Bajos jamás fueron una nación al uso. Fue una nación incapaz de resolver satisfactoriamente las tensiones existentes entre las distintas fuerzas políticas, así que optó por la solución menos conflictiva: constituirse como una federación de provincias autónomas. Ninguna confesión religiosa fue impuesta. Dicho de otro modo, el calvinismo no se convirtió en la religión oficial, pues el luteranismo y el catolicismo estaban demasiado asentados en las regiones más rurales del Este y Sur). Tampoco fue un Estado con vocación “estatizante”; los tributos nacionales eran bajos, y no existía ningún interés en uniformizar la nación. En fin, la República Holandesa fue un Estado burgués y débil; más o menos lo ha seguido siendo hasta el día de hoy.

Los Países Bajos eran un país pequeño y superpoblado. Como vimos, desde la Edad Media la misma existencia de muchas de sus ciudades sólo se explica por el comercio exterior. Como siempre dependieron de un poder extranjero (de hecho, el Sur del país, la actual Bélgica, siguió ligado a España), y como el comercio miraba fundamentalmente al Norte –la *Liga Hanseática*–, durante el siglo XVI los holandeses apenas participaron en los descubrimientos y conquistas de otras naciones. Pero con la casi-independencia de 1579 las cosas cambiaron. Holanda se convirtió en la principal potencia marítima de Europa. Es posible que hacia mediados del siglo XVII su marina mercante contara con tantos navíos como el resto de las naciones europeas juntas. Los holandeses eran conocidos los “cargadores del mar”; o los “transportistas del mundo” como diría Daniel Defoe. Sin embargo, como potencia militar su dominio fue relativamente breve. En la segunda mitad del siglo XVII Inglaterra y Holanda sostuvieron tres guerras navales que se saldaron con un resultado favorable a la primera.

En cualquier caso, hay un hecho que no podemos pasar por alto. La prosperidad derivaba de un comercio que, en su inmensa mayor parte, era estrictamente europeo. Este capítulo sitúa el foco en las relaciones de Europa con el resto del mundo durante el primer período colonial, lo que puede llevar a creer que esas relaciones fueron siempre determinantes. Ya hemos visto que en el caso de España los problemas eran básicamente internos, y que lo sucedido era relativamente poco importante... salvo por la creencia colectiva de que no lo era. Con Holanda sucede algo parecido. Por supuesto, las

relaciones comerciales del país eran fundamentales; pero fundamentalmente en el ámbito europeo. Si el país hubiera dependido exclusivamente de sus expediciones en Asia o América no habría sobrevivido como nación independiente.

De hecho, los ciclos de la economía de los Países se explican a través de ese comercio europeo. La prosperidad alcanzada desde finales del siglo XVI tuvo su origen en la misma guerra de independencia. Antes de 1566 el comercio entre el Báltico, Alemania, Gran Bretaña, Francia y los países mediterráneos tenía su centro operativo en Amberes, al Norte de la actual Bélgica. Como Sevilla, era un puerto complicado por el pobre cauce del río Escalda. Con todo, hasta entonces esas dificultades habían podido sortearse, y bien podría haber continuado esta situación durante muchos años. El Báltico proporcionaba materias primas que llegaban en navíos holandeses. La alianza de Dinamarca con Holanda había logrado romper el monopolio de la Hansa, lo que también beneficiaba a los terratenientes prusianos deseosos de colocar su mercancía en el Oeste. A cambio esos barcos conducían su producción manufacturera, y la de Inglaterra, hacia el Este. Otros vínculos con España y Francia venían a cerrar una red comercial amplia y sofisticada, en la que Amberes, sin ejercer un poder político real, actuaba como un intermediario. Pero todo esto desapareció con la guerra. Ésta adquirió una dimensión verdaderamente seria a partir de 1572. En 1576 los tercios españoles se amotinaron porque los soldados no recibían su paga (Felipe II acababa de declarar su segunda bancarrota). Pero el golpe definitivo tuvo lugar en 1585 cuando los calvinistas holandeses ocuparon las dos orillas del Escalda al Sur de Amberes. El comercio de la ciudad colapsó. Más tarde, la ciudad quedó, por pocos kilómetros, en el bando católico. Las funciones desempeñadas por Amberes pasaron a ser ejercidas por la capital económica del nuevo Estado calvinista, Amsterdam. Por supuesto, en todos estos acontecimientos el comercio extraeuropeo no jugó ningún papel.

La prosperidad holandesa empezó a decaer a partir de 1650. El factor determinante fue el progresivo debilitamiento del comercio con el Báltico y el Norte de Europa. No hubo una sola causa. Por supuesto, la guerra con Gran Bretaña fue importante. Pero mucho más las Leyes de navegación inglesas, que impidieron en la práctica el que los barcos holandeses pudieran recalar en aquel país; y que, además, fueron imitadas por Francia. Por otro lado, el comercio del Báltico disminuyó por la competencia de la misma Gran Bretaña, de otras naciones, y de la reducción de algunas de las mercancías más representativas; singularmente del trigo, ya que algunos de los países demandantes tradicionales (de nuevo, Inglaterra) lograron autoabastecerse. En fin, la campaña de Luis XIV contra Holanda en 1672 fue algo así como la "puntilla" final; exactamente 100 después del definitivo estallido de la guerra de independencia contra España. En todos estos acontecimientos una vez más el comercio extraeuropeo no jugó un papel importante. Es cierto que por entonces Holanda ya disponía de un "imperio" colonial (enseguida veremos qué clase de imperio). Pero éste no le proporcionó ninguna ventaja militar, y sí muchos motivos de enfrentamiento con la nación que, teóricamente, debía ser su principal aliada: la también protestante (y puritana) Inglaterra de Cromwell. Todo esto cuestiona de modo radical todas aquellas teorías que atribuyen la prosperidad de Europa al sojuzgamiento de los pueblos de África, Asia y

América. Ninguna nación europea se vio tan beneficiada de la colonización como Holanda, pues ninguna era tan pequeña con relación a la rentabilidad (que no el tamaño) de su imperio, como enseguida veremos. Sin embargo, ni esa prosperidad se explica por ese comercio, ni sirvió para dar el salto definitivo a la Revolución industrial. De hecho, la Historia de Holanda en el siglo XVIII es bastante gris.

En cualquier caso, ahora lo que interesa es ese imperio. Antes de la guerra de independencia éste era inexistente. No ya sólo porque los Países Bajos formaban parte de otro imperio, el español, sino porque estos tampoco podían participar en las operaciones castellanas (que ni siquiera españolas). Sólo a finales del siglo XVI los holandeses emprendieron las primeras expediciones. Aparte de la enemiga hacia España (y, por tanto, Portugal, desde 1580 unido con aquella bajo el trono de Felipe II), tenían las mismas razones que sus predecesores para buscar las grandes rutas comerciales: oro, azúcar, tabaco, esclavos, especias... En fin, dinero y negocios. Como vimos, se lanzaron expediciones temporalmente exitosas contra Brasil. También se hicieron con algunas pequeñas islas del Caribe (las llamadas Antillas holandesas), plazas en la costa africana (El Cabo), en la India (Malabar, Ceilán) y, sobre todo, Indonesia. Incluso fueron a Norteamérica, donde fundaron Nueva York. Los holandeses construyeron un "imperio" con una estructura territorial semejante a la de Portugal. En fin, un conjunto de pequeños establecimientos repartidos a lo largo de la ruta marítima del Este. Hasta el último tercio del siglo XVII fueron la principal potencia europea en la India. De forma lenta pero inexorable fueron arrancando a los portugueses las factorías que estos poseían. Pero casi nunca intentaron ampliar esas posesiones. Incluso allí donde era más fácil. Así, los portugueses establecieron su primera base en Ceylán en 1518, una isla con una superficie algo inferior a Castilla-La Mancha. Su dominio nunca superó algunas plazas costeras, y fueron definitivamente expulsados por Holanda en 1658. Estos tampoco se tomaron mucho interés en hacerse con la isla; de hecho, al cabo de 140 años, en 1798, la tarea estaba inconclusa. Entonces la isla fue conquistada por la Armada británica. Hasta 1815 no fue destronado el último de los reyes singaleses, casi tres siglos después de la llegada del primer europeo.

De todos modos, la base real de este imperio comercial estaba más al Este, en Indonesia. A comienzos del siglo XVII Holanda reemplazó a Portugal como potencia marítima hegemónica en aquellos mares. La principal base operativa se estableció en Batavia, Java; pero tampoco aquí existían mayores ambiciones territoriales. Durante mucho tiempo todas las posesiones holandesas en aquella isla se reducían a ese pequeño enclave. La conquista de Java fue un proceso tardío y lento; originado por conflictos internos de los isleños; y que no concluyó hasta el siglo XIX. En el resto de Indonesia, y hasta 1800, sólo dos islas pobladas y de pequeño-mediano tamaño fueron enteramente ocupadas; y sólo por una razón estratégica: expulsar a los ingleses. Incluso en una fecha tan tardía como 1914 había extensos territorios sobre los que Holanda no ejercía ningún poder efectivo. De modo coherente, se abrieron concesiones en lugares más alejados y, en principio, atractivos, como Indochina y Japón; siempre con el visto bueno de las autoridades locales. La política oficial y real holandesa era mantener vivo el comercio, pero nunca

ocupar países que pudieran exigir gastos y comprometer la posición alcanzada. Como en otros casos, no tiene sentido hablar de un “imperialismo” holandés hasta, por lo menos, la segunda mitad del siglo XVIII.

Una nación de comerciantes tendría que haber organizado la explotación comercial de Oriente sin el concurso del Estado; pero no fue del todo así. Las expediciones eran financiadas con capital privado y con fines estrictamente comerciales. Muy a finales del siglo XVI se enviaron a India e Indonesia varias flotillas independientes. Pero muy pronto, en 1602, la estrategia cambió. Muchas de esas compañías se fusionaron formando la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC en acrónimo holandés). Estaba dirigida por un consejo de representantes públicos de las 17 provincias holandesas, aunque a efectos prácticos la dirección era ejercida por los de Amsterdam. Su capital era privado y se dividía en participaciones que debían ser rescatadas al cabo de diez años. Pronto los administradores permitieron que sus poseedores pudieran mantenerlas más tiempo; también se autorizó su compraventa entre particulares, originándose un pequeño mercado. Dicho de otro modo: las participaciones de la VOC se convirtieron en los primeros títulos con todas las características de las acciones societarias. Y Amsterdam fue la primera plaza en la que se estableció un mercado secundario de valores, es decir, una “bolsa”.

Como compañía “semipública” la VOC era el gobierno holandés en Oriente. Y, a todos los efectos, fue el motor de la colonización en aquella región. Bien entendido que por “colonización” no debe entenderse la llegada de colonos, sino el control de las rutas comerciales. Debido a la distancia, el Gobernador General en Batavia tenía una autonomía superior a la de los virreyes españoles. Por ejemplo, era él quien negociaba y firmaba tratados con los sultanes malayos en representación de la lejana República Holandesa. A diferencia de los portugueses, los funcionarios holandeses fueron muy tolerantes en materia religiosa, e hicieron pocos esfuerzos para evangelizar a la población. De hecho, la facilitación de las rutas entre las islas y con Occidente y, por tanto, con el resto del mundo musulmán, favoreció la islamización de Indonesia en un doble sentido: aumentando las conversiones y haciendo más “canónico” el Islam malayo, hasta entonces una mezcla de sufismo (una especie de misticismo islámico) e ideologías religiosas orientales. Un dato elocuente del carácter ecléctico de este Islam, o de la indiferencia holandesa, es que los propios funcionarios de la VOC no tenían claro si los javaneses eran musulmanes. En cambio, las actitudes eran marcadamente racistas. Por ejemplo, esos funcionarios tenían prohibido casarse con mujeres nativas.

El comercio holandés con Indonesia fue muy rentable. Durante casi dos siglos la VOC repartió un buen dividendo entre sus accionistas. Muy a menudo superior al 10% anual de la inversión realizada; y a veces de hasta un 30%. Es posible que las dificultades de finales del siglo XVIII estuviesen causadas por un exceso de generosidad con los accionistas. La rentabilidad de las acciones superaba lo que cabría esperar de un negocio que estaba dejando de ser tan lucrativo. Dicho de otro modo, la VOC para mantener la cotización de las acciones estaba consumiendo su capital fijo, o posponiendo inversiones necesarias. Pero ésta no es la única explicación. Otro factor importante fue la

creciente intromisión de los holandeses en los asuntos indonesios, que obligaba a asumir obligaciones e incurrir en gastos. Claro que cabe preguntarse si realmente había otro camino. Algo semejante le sucedió a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Y, además, de no haber actuado así la presencia holandesa se hubiese visto amenazada por, precisamente, los ingleses.

La esencia del negocio no cambió con respecto a la época de los portugueses: importación de especias a cambio de metales preciosos. Sólo accesoriamente introdujeron la economía de plantación. A medida que los territorios controlados por Holanda iban aumentando, la procedencia de las especias también empezó a cambiar. Los holandeses establecieron un mecanismo de tributación, el “sistema de cultivo” de acuerdo al cual cada comunidad estaba obligada a proporcionar una determinada cantidad de especias, a la que debían dedicarse una parte de las tierras. El sistema de cultivo ha sido presentado como un ejemplo de abusiva explotación colonial; pero el asunto tiene ciertos matices interesantes. En primer lugar, porque ni era general –la ocupación de Indonesia fue lenta e incompleta– ni se aplicó de forma continuada. Pero, además, tal y como fue diseñado tampoco era especialmente gravoso. En realidad, el carácter abusivo vino de las exigencias injustificadas de los funcionarios de la VOC, que imponían detracciones indebidas y se apropiaban del exceso. Precisamente esos comportamientos fueron los que llevaron a su suspensión. Así que, una vez más, aparece el mismo problema que se planteó en la América española, y que veremos en la India Británica: la corrupción. Un poder tan lejano, ejercido *de facto* por unos individuos principalmente movidos por el lucro, daba pie a todo tipo de venalidades.

Al fin, Indonesia sólo proporcionó las riquezas que inicialmente se le atribuyeron. No había metales preciosos, ni mercados para los productos europeos, ni esclavos con los que cultivar azúcar; sólo especias. Por otro lado, el comercio indio fue pasando a otras manos. Y China y Japón resultaron ser mercados cerrados a los europeos, de modo que aquel archipiélago tampoco era la puerta de entrada hacia ningún sitio, como lo fue el Caribe. Desde una perspectiva económica la colonización de Indonesia fue un negocio tan bueno como cerrado. Incluso se ha argumentado que el retraso de la industrialización holandesa tiene su origen en una excesiva vocación comercial. Pero eso es otra historia.

5.7 Francia. El gran fracaso.

Poco después del descubrimiento de América la Corona francesa llevó a cabo algunas exploraciones en la costa americana. Incluso se pergeñaron algunos proyectos de colonización. Pero todos quedaron aparcados debido a los conflictos con España y los problemas internos de Francia (las llamadas *guerras de religión*). Así pues, la etapa de expansión francesa no comenzó hasta el siglo XVII.

Y, como veremos, no tomó velocidad hasta el ministerio de [Jean-Baptiste Colbert](#), uno de los hombres clave del reinado de Luis XIV y, quizás, el mejor representante de la ideología económica (y política) conocida como mercantilismo. La identificación entre uno y otra es amplia pero no excluyente. En primer lugar porque, en realidad, nunca hubo una “escuela” mercantilista. El mismo término “mercantilismo” se elaboró posteriormente para definir y agrupar el pensamiento de muchos escritores europeos de la Edad Moderna. En la medida en la que se puede hablar de “una” teoría mercantilista, su éxito fue completo. Desde el siglo XVI hasta finales del XVIII hubo muy pocos economistas europeos que, de un modo u otro, no fueran mercantilistas ([John Law](#) sería uno de ellos; y no dejó muy buen recuerdo). No obstante, aunque existía un *corpus* común de ideas económicas, los mercantilistas discrepaban en muchas medidas concretas. No podía ser de otro modo pues, en general, su enfoque siempre fue nacional. En resumen, el mercantilismo no se reduce a Francia y Colbert. Pero sin el mercantilismo no se entiende la política colonial francesa.

El fondo más o menos explícito del mercantilismo es lo que se conoce como *metalismo* o *bullonismo*; es decir, la identificación de la riqueza con el metal precioso. Por supuesto, un planteamiento tan simple de los problemas económicos tiene muchas fisuras y no podía mantenerse durante mucho tiempo. La crítica habitual era el Imperio Español: si el metal precioso es riqueza, y la riqueza es metal precioso, ¿por qué la nación con las mayores minas de plata (y oro) del mundo era tan pobre? De ahí que se distinga entre un mercantilismo “metalista” o inicial, y un mercantilismo propiamente dicho. Ahora bien; este segundo mercantilismo, o mercantilismo “de verdad”, no es incompatible con el metalismo. En cierto modo, sólo es más sofisticado. El punto de enlace entre ambos es la balanza comercial. Si, como argumentaban los metalistas, la riqueza de una nación dependía del oro que acumule, la mejor política económica sería aquélla que evitase su salida y propiciase su entrada, como argumentaron todos los mercantilistas. Por tanto, los saldos comerciales con el exterior debían ser positivos. La forma en la que esto debía conseguirse supone el objeto de discusión entre autores; y el punto de partida para sucesivos desarrollos.

Nótese que una de las grandes paradojas de la expansión europea de la Edad Moderna es que, en conjunto, era contraria al mercantilismo dominante. El comercio con Oriente siempre fue muy deficitario, y sólo se equilibraba con exportaciones netas de metal precioso, casi siempre plata. Además, nada realmente imprescindible se obtenía de Asia. Por tanto, desde la perspectiva de todo el continente europeo lo mejor que se podía hacer con Oriente era no hacer nada. Por otro lado, América tampoco tenía nada esencial que ofrecer a Europa; sin embargo, aquí se obtenían los metales preciosos que equilibraban el consumo de los colonizadores y, sobre todo, el déficit crónico de Oriente. Dicho de otro modo, para Europa el interés de América estribaba en corregir el “error” de Asia. Por lo demás, la colonización de gran parte de ese continente, el asentamiento de europeos, la producción de azúcar... etc., no estaría justificada. Claro que este “enfoque europeo” tenía poco sentido para los mercantilistas. Estamos ante una teoría con un horizonte nacional; y desde esa perspectiva la conquista, la colonización y el comercio pueden justificarse si el

resultado final es una mejora de la posición comercial de la nación. Por ejemplo, si las especias compradas en la India se revenden con beneficio en otro país europeo.

En general, los principios mercantilistas fueron ignorados por Holanda, Portugal y España. En el primer caso era algo bastante previsible. Los Países Bajos eran poco más que una confederación de ciudades dedicadas al comercio exterior, con un Estado muy débil y una enorme marina mercante. Puesto que el consumo interno era modesto, y el gran negocio era la mera intermediación, los argumentos mercantilistas sobre la balanza corriente o el flujo de la plata eran poco menos que irrelevantes. Pero éste no era el caso de España y Portugal (que fueron un solo país desde 1580 hasta 1640). Y, de hecho, sus gobiernos sí aplicaron (o intentaron aplicar) algunas de las “recetas” mercantilistas; por ejemplo, la reserva del mercado colonial. De ahí que la poca determinación de los Austrias en aplicar estas políticas deba ser vista como una excepción causada por las obligaciones de un complejo Imperio (en Europa), que exigía la búsqueda de equilibrios y alianzas entre distintos territorios. La llegada de los Borbones en 1700 con un programa económico estrictamente mercantilista sería la vuelta a la “normalidad” tras el paréntesis imperial. Algo similar sucedió en Portugal en el siglo XVIII con la llegada del [marqués de Pombal](#).

Los gobernantes de Inglaterra y Francia fueron los más receptivos al programa mercantilista; aunque con diferencias. Como veremos, las tradiciones políticas inglesas eran bastante reticentes a la intervención de la Corona en asuntos relacionados con el comercio exterior y la industria nacional. En cambio, en Francia el Estado era visto como un actor de primer orden. Y es en este contexto dónde se sitúa el pensamiento y la intervención económica de Colbert. Ante todo, las colonias no debían ser vistas como una parte integrante de la reino de Francia, sino como territorios nuevos al servicio de la metrópoli. Consecuentemente, el control del Estado debía ser exhaustivo. Ninguna otra potencia europea tuvo tanto empeño en vigilar su funcionamiento; por ejemplo, impidiendo que las colonias se abastecieran con manufacturas procedentes de otros países o regulando cuidadosamente su contribución fiscal. A menudo, el afán de control generaba más inconvenientes que ventajas, pues resultaba ineficaz cuando había miles de kilómetros de distancia entre colonia y metrópoli. Además, la Administración francesa no se caracterizó por la racionalidad; por ejemplo, no existió un órgano centralizado al estilo del Consejo de las Indias, sino una pléyade de autoridades con funciones que se solapaban.

Desorden no significa desinterés. El Gobierno hizo considerables esfuerzos para fomentar la colonización y el comercio. La forma habitual en la que ésta se organizó fue a través de las llamadas compañías privilegiadas, que tampoco fueron una originalidad francesa. Por ejemplo, la VOC lo era, así como muchas otras compañías británicas. Una carta de privilegio es un derecho concedido por un Estado a una compañía privada para la explotación de un determinado territorio. Es una definición muy amplia, pero es que también lo era el rango de cartas de privilegio. Podían afectar a territorios sobre los cuales ese Estado tenía una autoridad más o menos reconocida, a territorios libres, o a otros

governados por otros Estados europeos. Como normalmente estos defendían la reserva de sus mercados coloniales, hubo cartas de privilegio que tácitamente implicaban un conflicto diplomático con otra potencia. El privilegio podía limitarse a la comercialización de un determinado producto, o extenderse a su producción, a la colonización de tierras, o incluso a funciones propias de los Estados, como la defensa o la firma de tratados.

Visto con una perspectiva más moderna, la concesión de una carta de privilegio parece un exceso innecesario. En esencia, no es más que la entrega de un monopolio (de dudosa legalidad) a unos particulares. Pareciera más prudente no hacer nada, y que fueran los empresarios los que se repartieran el negocio colonial dentro de las reglas de juego de la libre competencia. Claro que el debate sobre el carácter público o privado de la economía no se encontraba en la opinión pública europea de la Edad Moderna. En cualquier caso, esta solución no es extraña: compañías privilegiadas las hubo en todos los países a lo largo de toda la Edad Moderna. Hay una buena razón para entregar el comercio colonial a una de estas compañías. Una operación tan arriesgada como el envío de una expedición a la India exige una retribución extraordinaria. Las débiles Haciendas de los Estados europeos no podían ofrecerla; pero en cambio podían conceder una carta de privilegio que, como todo monopolio, siempre será un buen negocio. Si la expedición fracasa el Estado no pierde nada. Y si tiene éxito obtendrá beneficios en la propia expansión (aunque tenga que pagar la servidumbre del monopolio).

Aunque las compañías privilegiadas no fueron nada excepcional, el uso que de ellas hizo la Corona francesa sí que lo fue. Entre mediados del siglo XVI y la Revolución Francesa se concedieron 75 cartas de privilegio, lo que pone de manifiesto el interés de la Corona en fomentar la colonización. Esta profusión es consecuente con otro tipo de medidas, como la incorporación de nobles a estas sociedades sin que ello supusiera la pérdida del título. Además, frecuentemente el Estado francés financiaba las compañías. Claro que en esto se hacía necesidad de la virtud, pues los inversores se mostraron poco interesados. Por ejemplo, de los 15 millones de libras del capital de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, sólo se suscribieron 7,4; y de ellos 4,2 lo fueron por la propia Corona.

Igualmente, el Estado fue muy activo en la defensa de las colonias. Esta preocupación no es extraña al pensamiento mercantilista, en el que subyace una visión bélica del Estado. La paz es entendida como un período de preparación para la guerra. El dinero obtenido en ella servirá para financiar las campañas. La industria surgida al calor del comercio se empleará en proveer de pertrechos a los soldados. La marina mercante será transformada en Armada. En fin, los Estados fortalecidos por el comercio exterior y el superávit vencerán a los debilitados por la vagancia y el déficit. Durante el mandato de Colbert el Estado francés hizo un esfuerzo considerable en la promoción de la industria, la colonización, el comercio y la marina mercante. La ocupación de Martinica, Guadalupe y otras islas menores, así como de Haití en 1697 fue seguida del establecimiento de plantaciones de azúcar y tabaco, con el doble objetivo de evitar importaciones de otras naciones y favorecer esas exportaciones. Por lo mismo, la ocupación de plazas en África Occidental era

útil tanto para proveer de esclavos a esos territorios como para enviarlos a otras colonias. Con todo, el interés de esas posesiones para el Estado francés terminó siendo dudoso. Los ingresos fiscales procedentes de las colonias eran muy inferiores a los gastos militares implicados en su defensa. Otra de las paradojas del mercantilismo es que algunas de sus políticas más representativas dirigidas a sostener el gasto bélico terminaron siendo uno de los principales motivos de la guerra.

En lo que el Estado se mostró mucho más reticente fue en la cesión de derechos políticos a empresas o personas. Muy a menudo se estipulaba que la nueva colonia sería dirigida por funcionarios públicos, normalmente un gobernador general y un intendente (sobre este último recaían gran parte de las tareas) elegidos desde Francia. Las colonias tenían una capacidad limitada para controlar su carga fiscal; tampoco podían comerciar libremente con otras potencias.

Los mismos principios mercantilistas inspiraron la política francesa en la India. Como en Gran Bretaña y Holanda, los gobernantes franceses vieron sus extraordinarias posibilidades comerciales. Fundamentalmente, lo que se pretendía era evitar la dependencia de esos países en el aprovisionamiento de especias y productos textiles. No obstante, el problema de este comercio era el de siempre: la India era un gran exportador y un pobre importador, de modo que el único modo de equilibrar la balanza comercial era con salidas netas de metal precioso. Francia logró la concesión de un establecimiento en la costa sudoriental, Pondicherry. Luego asentó otras bases menores. Como puntos de enlace con Europa disponía de dos pequeñas islas en el Índico, Mauricio y Reunión, y otras bases en Madagascar y en la costa occidental africana. El negocio en la India fue gestionado por la Compañía Francesa de las Indias Orientales, que a mediados del siglo XVIII tuvo un excelente resultado económico. Los problemas vinieron en el último tercio de ese siglo. Al igual que Gran Bretaña los franceses se vieron involucrados en las luchas internas indias. Los sucesivos enfrentamientos con Gran Bretaña en la guerra de los Siete años, la guerra de Independencia americana, y las guerras de la República Francesa hicieron que las colonias francesas estuvieran en permanente conflicto con las inglesas, más numerosas, con más soldados británicos, con mejores alianzas, y con un suministro marítimo más seguro. Estos conflictos fueron fatales. Francia logró conservar Pondicherry y otras plazas, pero al precio de no poder fortificarlas ni, por tanto, jugar un papel militar.

Desde esos postulados mercantilistas la expansión colonial en América del Norte era mucho más discutible. Debido a la parálisis provocada por las guerras de religión Francia llegó tarde a América del Norte. A comienzos del siglo XVII Gran Bretaña ya había fundado varias colonias a lo largo de la costa Este de los actuales Estados Unidos. En cambio, Francia sólo contaba con una exigua colonia en la ciudad de Quebec (por cierto, creada por la iniciativa privada). Esa preferencia por el Norte no sólo se explica por la presencia inglesa. En parte, se reeditaba un proyecto muy antiguo, de comienzos del siglo XVI: la búsqueda de un paso por el Noroeste que llevara a Asia.

En 1642 se dio un nuevo impulso a la colonización francesa de Norteamérica con la fundación de Montreal. En el primer capítulo se comentó el extraordinario comportamiento expansivo de esa población. Lo que no se dijo es que su mera presencia no tenía mucho sentido. Fuera de algunas pieles conseguidas a los indios, Canadá no ofrecía ninguna mercancía valiosa para Europa. Apenas llegaron colonos, de modo que, a pesar de los muchos hijos que tuvieron, los habitantes de la provincia de Quebec siempre fueron muy pocos en comparación a los ingleses del Sur. No obstante, Francia perseveró en su política de expansión territorial. Se construyó una sucesión de fuertes a lo largo de las cuencas de los ríos Missouri y Mississippi, en un extenso territorio que se llamaría [Luisiana](#) (y que sería cedido a España entre 1763 y 1801). Su objeto era afirmar la presencia francesa; una vez más, la importancia de ser el primero en llegar. Pero lo cierto es que aquel espacio tampoco tenía interés económico (no había especias, metales preciosos... etc.). En la desembocadura del Mississippi se estableció una colonia francesa más grande, Nueva Orleans, que, como vimos, fue la excusa de la burbuja especulativa de John Law. Fue un desastre económico porque, al fin, tampoco existían riquezas en esa región (que, no por casualidad, los españoles habían ignorado). Sin recursos, ni gente, ni interés, el Imperio francés en América del Norte se derrumbó a fines del siglo XVIII.

Lo que podríamos considerar como el momento culminante del mercantilismo, el Ministerio Colbert, coincidió con un período de fuertes enfrentamientos bélicos en Europa. No resulta tan sorprendente teniendo en cuenta la orientación militar del mercantilismo. La –relativa– pacificación del continente en el siglo XVIII supuso el comienzo del cuestionamiento de ese pensamiento económico. Y también la extensión a otros continentes de los conflictos entre potencias europeas. Las guerras sostenidas entre Francia e Inglaterra son un buen ejemplo. Durante los diversos enfrentamientos que mantuvieron esas dos naciones en el último tercio de ese siglo, a menudo los principales escenarios de batalla fueron lugares remotos como Canadá, el Caribe y la India. Pero a finales del XVIII lo que estaba quedando claro era que lo que allí estaba en discusión no era el comercio con Europa. El razonamiento se había invertido; no era la ocupación de territorios un instrumento para la preparación de la guerra, sino que era la guerra lo que justificaba la ocupación de territorios. Quizás nadie lo expresó mejor (y sin pretenderlo) que el primer ministro británico [William Pitt \(el viejo\)](#) cuando, al final de la guerra de los siete años, se vanagloriaba de “haber conquistado Canadá en las riberas del Rin”. Pero, ¿la cosa no debería haber sido al revés, ganar Renania en las riberas del San Lorenzo?

Al fin, todo era averiguar qué nación europea tenía la hegemonía en los mares, al margen de que “eso” sirviera para algo. [Luis XVI](#) devolvió a Inglaterra su humillación en Canadá apoyando a los norteamericanos en su guerra de Independencia. Desde la perspectiva de la “hegemonía mundial”, la jugada salió bien, pues Inglaterra perdió la más cercana (aunque no la más valiosa) de sus colonias. Pero aquel gasto sin reembolso también fue la gota, o algo más, que terminó por arruinar el Estado; y, en fin, el detonante de la sucesión de acontecimientos políticos que desembocaron en la Revolución Francesa, que

se llevó por delante la cabeza del augusto rey. La guerra suele ser un mal negocio. Aunque en esto, como en todo, hay excepciones.

Tras la independencia de Haití y la pérdida del Quebec, Luisiana y Pondicherry, a comienzos del siglo XIX todo lo que quedaba del primer imperio colonial francés era Martinica, Guadalupe y algunas otras pequeñas islas del Caribe y el Índico. Fue un fracaso en toda regla; mayor incluso que el de España que, al menos, pudo conservar Cuba, Puerto Rico y Filipinas tras las guerras de emancipación. ¿Por qué? No hubo una sola razón; todos esos conflictos ocurrieron en países muy diferentes en los que intervinieron diversos factores. Pero hay un elemento común a todas las derrotas: Francia apenas ocupó el territorio que supuestamente le pertenecía. Había muy pocas personas viviendo en Quebec; la ocupación de Luisiana por medio de fuertes era poco menos que testimonial; aunque los británicos que residían en la India eran pocos, también eran muchos más que los franceses. Incluso en Haití se repite este esquema. Los blancos no eran muchos; pero, sobre todo, eran poquísimos con relación al enorme número de esclavos negros de las plantaciones. Cualquier sublevación tenía muchas posibilidades de éxito, como finalmente sucedió. En definitiva, llegar el primero era importante; pero había que llegar de verdad.

Lo cual conduce a otra cuestión: ¿por qué hubo tan pocos franceses interesados en la aventura colonial? Esta pregunta no tiene una respuesta sencilla. A lo largo de la Edad Moderna Francia no sólo era el país europeo con más habitantes. Hay muchos indicios que permiten suponer que estaba superpoblado. Por ejemplo, hubo un constante flujo de franceses hacia Aragón, una región en la que parece haber habido un relativo despoblamiento. Probablemente no haya una sola respuesta que explique esta apatía por los viajes a Ultramar. Antes del siglo XIX el comportamiento demográfico francés parece menos expansivo que el de otras naciones europeas. Los incentivos del gobierno a la colonización quizás no fueron suficientes. O quizás el control ejercido desde la Corona la desincentivaba. También puede que el atractivo de las regiones de asentamiento no fuera excesivo. O que, tras la expulsión de los hugonotes, faltasen minorías religiosas que tan activas se mostraron en la colonización de, por ejemplo, Gran Bretaña. Sea como fuere, ni el capital francés, ni los franceses de a pie, parecen haber estado particularmente interesados en la colonización. Y de ahí que los esfuerzos del Gobierno fueran infructuosos.

Por ahora, esta historia acaba aquí. Hubo un segundo imperio colonial, mucho más extenso y efectivo. Y un verdadero imperio. Pero antes debemos hablar de la gran potencia colonial europea de la Edad Moderna, Gran Bretaña.

5.8 Gran Bretaña: el Imperio propiamente dicho

A finales del siglo XVIII Gran Bretaña aparecía como la gran vencedora de la guerra por el control de los mares. Esto era así a pesar de la pérdida de las trece colonias de la costa oriental de América (Estados Unidos), y a pesar de

que España conservaba prácticamente íntegras sus posesiones. En el siglo XIX otras naciones perderían sus imperios (España y Portugal) o conquistarían otros (Francia, Bélgica, Alemania). Pero el Imperio Británico permanecería y aumentaría su extensión.

A finales del siglo XVIII el Imperio Británico sí era un imperio; es decir, un conjunto de territorios extensos fuera de la metrópolis sobre los que gobernaba la Corona inglesa. Su gestación fue complicada. Los monarcas mostraron un gran interés en construirlo, aunque ni siempre ni en todos los lugares. También hubo muchas iniciativas privadas, pero no todas tuvieron éxito. Hubo períodos de expansión y otros de estancamiento. Su organización política no era única; y aún se complicaría más en el siglo XIX. Con relación a las otras potencias europeas, en América fue un imperio de “ocupación” como el español; en el Caribe, Ceilán y otros lugares fue un imperio de “plantación” como el portugués en Brasil; durante mucho tiempo en la India fue un “pseudoimperio” comercial, como el holandés. Además, hubo situaciones excepcionales, como Irlanda o, ya en el XIX, Australia o Egipto. En fin, una estructura tan amplia y diversa no puede reducirse a unas pocas coordenadas.

A comienzos de la Edad Moderna Inglaterra¹ era un país pobre y poco poblado. Sus mayores activos eran los rebaños de ovejas y la ciudad de Londres, ya por entonces una urbe de tamaño considerable para la extensión y población del país. Como consecuencia de varios sucesos dinásticos y religiosos imposibles de prever, y que han sido objeto de análisis en otros capítulos, en las siguientes centurias hubo una transformación muy profunda de sus estructuras económicas y políticas. Pero es importante observar que el nivel de partida era bajo. Por hondos que fueran esos cambios, y sin duda lo fueron, Inglaterra estaba en peores condiciones que otras naciones para construir un imperio colonial.

Los primeros pasos se dieron durante el reinado de [Enrique VIII](#) con la ocupación efectiva de Irlanda. Hasta ese momento, el único territorio controlado por Inglaterra era el Pale, un pequeño semicírculo alrededor de Dublín. El resto del país estaba en manos de una multitud de señores feudales y monasterios con diversas relaciones de dependencia entre ellos. La conquista de Irlanda fue una decisión justificada por la oportunidad. Parecía fácil, aunque los irlandeses ofrecieron una notable resistencia. Además, el conflicto se endureció debido a su lealtad al catolicismo, justo en el momento en el que Gran Bretaña derivaba hacia el protestantismo. De hecho, la fuerte presencia de protestantes en el Norte de la isla obedece a una sangrienta revuelta que acabó con la vida de una gran parte de la población autóctona, que fue reemplazada por escoceses calvinistas.

¹ El Reino Unido de Gran Bretaña no existió hasta 1707 con la unión de Escocia e Inglaterra. Es habitual emplear el término “Inglaterra” cuando se hace referencia a acontecimientos anteriores a ese año, y “Gran Bretaña” para los posteriores. Pero lo cierto es que tampoco esto es una norma de cumplimiento obligatorio. Hoy en día los británicos/ingleses emplean los términos “briton” e “english” con la misma falta de rigor con que los españoles empleamos sus equivalentes al castellano.

Hasta prácticamente el siglo XIX Londres aplicó en Irlanda uno de los regímenes coloniales más duros del planeta. La identificación entre irlandés y católico condujo a una bárbara discriminación legal. Los irlandeses fueron privados de la tierra mediante confiscaciones y la prohibición de legarla y heredarla. A finales del siglo XVIII la inmensa mayor parte de la propiedad territorial del país estaba en manos de ciudadanos ingleses –y protestantes–, normalmente en grandes fincas. El resto, eran huertas muy productivas, en las que el principal cultivo era la patata, venida tempranamente desde América. Más adelante veremos las catastróficas consecuencias de esta especialización. La discriminación se extendía igualmente hacia las libertades religiosa, de prensa, asociación... etc. La forma cómo el Gobierno británico trató a los irlandeses fue injusta y reprobable desde cualquier punto de vista. Pero también inusual. Como veremos, y con las inevitables excepciones, el Imperio Británico fue un poder tolerante, sólo moderadamente racista, y muy poco interesado en imponer una determinada doctrina religiosa. Sólo el odio al catolicismo de la sociedad inglesa, un antipapismo visceral e irracional, puede explicar una actitud tan alejada de los usos habituales en cualquier otra región. E incluso esta explicación falla cuando se compara con el trato otorgado a los católicos de Norteamérica.

La ocupación de Irlanda y los trastornos político-religiosos que acompañaron el Cisma de la Iglesia Anglicana distrajeron a Gran Bretaña de otras aventuras coloniales. Además, durante el reinado de Isabel I los principales esfuerzos se dirigieron a socavar la autoridad española mediante la piratería y el corsarismo. Se enviaron varias expediciones navales contra ciudades costeras de la Península Ibérica, las islas Canarias y el Caribe. Se consiguieron importantes botines. Pero, a la postre, todo resultó inútil o, al menos, fútil, pues ni se detuvo el flujo de metal precioso desde América, ni se expulsó a los españoles del Caribe.

A comienzos del siglo XVII comenzó una fase distinta en la expansión británica. Por un lado, se establecieron [trece colonias](#) en la costa Este de Norteamérica. En unos casos fueron iniciativas reales (Jamestown, Charleston). En otros, expediciones privadas, a menudo formadas por grupos religiosos disidentes con el anglicanismo (los famosos *pilgrim fathers* del *Mayflower*); y en un caso, católicos (Maryland). Las nuevas colonias crecieron con extraordinaria rapidez porque recibieron un flujo constante de emigrantes; y porque, una vez superadas las dificultades de los primeros años, las posibilidades de supervivencia y reproducción en aquellos espacios vírgenes eran muy elevadas. Las colonias ofrecían un enorme atractivo para aquellos que querían comenzar una nueva vida en un territorio similar a Inglaterra. Entiéndase, una vida mejor, pero sin diferencias sustanciales con la que ya tenían. La inmensa mayor parte de los colonos llegaron con la perspectiva de establecerse como granjeros, no de hacerse ricos.

La adaptación de los hombres se vio acompañada de la de la fauna y flora. Pronto se vio que en la costa Este de Norteamérica los cereales y legumbres de Europa crecían bien. De hecho, hubo una rápida aclimatación de especies silvestres hasta el punto de desplazar a parte de la flora autóctona. Lo mismo sucedió con los animales, tanto domésticos como salvajes. En fin, hubo una

intensa “europeización” de esos territorios. Y con esto sucedió lo mismo que con los gérmenes: no hubo una “americanización” comparable en Europa. Los detEstados hurones, cangrejos americanos y mejillones-tigre son algo así como la sífilis de las enfermedades: la excepción que confirma la regla. La mejor explicación a este “victorioso desembarco” de Europa en América consiste en suponer que las especies europeas –en realidad euroasiáticas– eran más fuertes y competitivas que las americanas. Y esto sucedía así porque se habían desarrollado en un territorio mucho más grande que la costa oriental de América. Más territorio implica más “masa biológica”, más biodiversidad y la supervivencia de especies más fuertes. Algo semejante sucedió cuando los europeos llegaron a Australia, otro continente “débil” frente a la “enorme” Eurasia.

El caso es que América del Norte no tenía casi nada que ofrecer a los europeos. Aquellas tierras no producían nada que no se obtuviera en Inglaterra. De hecho, desde la aclimatación de las plantas y animales europeos, producían exactamente lo mismo. Por tanto, los colonos americanos sólo eran potenciales competidores de los campesinos y obreros ingleses. Y desde la perspectiva del Estado –o del pensamiento mercantilista inglés–, aquellas colonias eran una distracción inútil de recursos. No obstante, había dos excepciones; y las dos importantes. En las colonias del Sur, Virginia, las dos Carolinas y Georgia, pronto se empezó a cultivar un producto muy demandado por la sociedad inglesa, el tabaco; como vimos, uno de los motores de la Revolución del Consumo. Posteriormente, y también en el Sur, se encontró otro cultivo con demanda, el algodón. Los dos, pero sobre todo el segundo, impulsaron la colonización del interior y el empleo de mano de obra esclava. De este modo, empezó a formarse una barrera económica. Al Norte de Virginia estaban las colonias “inútiles” a los intereses británicos. Desde Virginia hacia el Sur estaban las colonias “útiles”. Como veremos, esa frontera, con otro sentido, se mantuvo mucho más allá de la independencia.

La nueva sociedad americana se organizó de modo muy distinto a como lo hicieron otras colonias inglesas o europeas. En primer lugar, existía un notable grado de autonomía. Cada colonia tenía su propio estatus jurídico surgido de las condiciones en las que se realizó el primer asentamiento. Unas fueran entregadas como feudos a ciertos aristócratas. Muchas otras fueron “colonias reales”, por ejemplo muchas de las formadas por compañías privilegiadas que inexorablemente iban quebrando. En uno u otro caso, cada colonia tenía sus propias instituciones; incluso asambleas de representantes (a veces, elegidos democráticamente) con capacidad para legislar sobre cuestiones que no entrasen en conflicto con la legislación inglesa. En dos de las colonias de Nueva Inglaterra esas asambleas eran las encargadas de nombrar a los gobernadores; es decir, al mismo representante del Rey. El Gobierno Británico se abstuvo de establecer impuestos salvo, lógicamente, los vinculados al comercio exterior; o de aplicar las normas discriminatorias contra los católicos que estaban en vigor en Inglaterra e Irlanda.

Ahora bien; el que las colonias pudiesen gobernarse a sí mismas tampoco significa que el Gobierno británico renunciase a su política comercial. Como en Francia, los principios que la dirigían eran los del mercantilismo. Pero así como

allí el énfasis fue puesto en el papel del Estado como motor del desarrollo comercial e industrial, en Gran Bretaña preocupaban las cuestiones relativas a la balanza comercial y el equilibrio financiero de las colonias. Existían dos principios generales que guiaron el colonialismo británico (y no sólo en América). El primero era que las colonias nunca debían ser una carga para el Estado. Esto explica la reducida inversión pública; por ejemplo, en gastos de defensa. Sin mucho error podría decirse que la principal razón por la que Gran Bretaña no perdió sus colonias americanas fue que nunca se las disputaron. De todos modos, la tarea hubiera sido imposible desde el momento en el que se alcanzó una población relativamente numerosa. Las restricciones presupuestarias también explican la debilidad o ausencia de organismos reguladores o de control: era más económico dejar que la gente se gobernase a sí misma. Por supuesto, siempre que esas decisiones no afectasen a los capítulos realmente importantes.

El segundo principio era que las colonias debían servir como mercados de bienes y factores para la industria británica. El comercio con otras potencias o sus colonias, tanto de importación como de exportación, estaba prohibido (obviamente, existían excepciones). Incluso se prohibió a los navíos de otras banderas recalar en puertos norteamericanos. Además, las colonias no podían hacer la competencia a la industria británica. En consecuencia, las exportaciones hacia la metrópoli estaban restringidas. En resumen, la exclusividad con Gran Bretaña era norma. Y quizás éste fue el único terreno en el que la Administración británica, por lo general indiferente o indolente, fue persistente y eficaz. No por casualidad, también fueron estas cuestiones las que desataron la guerra de independencia (el famoso [motín del té](#)).

Con relación a los esfuerzos realizados (incluida una fallida pero gigantesca operación contra Cartagena de Indias en 1741), las colonias británicas en el Caribe fueron muy pocas: Jamaica, la Guayana Británica, y algunas islas y archipiélagos menores como Trinidad, Barbados o Bermudas. Siguiendo el modelo político norteamericano eran colonias relativamente autónomas; y siguiendo el modelo económico francés, se emplearon en la producción de caña de azúcar. De ahí que recibieran un considerable número de esclavos africanos. Estos procedían de pequeñas guarniciones situadas en el Golfo de Guinea, cuya única finalidad era abastecer ese comercio.

Pero los mayores éxitos de Gran Bretaña fueron alcanzados en la India. Aunque las primeras expediciones inglesas comenzaron con el siglo XVII, la presencia inglesa no fue verdaderamente efectiva hasta el último tercio de esa centuria. Gran Bretaña intentó establecerse de forma permanente en muchos lugares de la costa india; pero la Armada holandesa era demasiado poderosa. Sólo en 1639 lograron un primer asentamiento en Madrás (relativamente lejos de la influencia del Imperio Mogol), al que siguió otro en Bombay (1662, por compra a los portugueses) y la concesión de Calcuta (1690). Hasta 1744 se incorporaron otros emplazamientos, pero pequeños y dependientes de los anteriores. En resumen, hasta mediados del siglo XVIII el Imperio Británico en la India sólo era un puñado de plazas costeras. Esos asentamientos no se diferenciaban en nada sustancial de los de Holanda. Las operaciones comerciales eran realizadas por una compañía privilegiada, la Compañía

Inglesa de las Indias Orientales (en acrónimo EIC), que actuaba como un representante oficial del Gobierno su Graciosa Majestad. A diferencia de su homónima francesa, la participación del capital privado fue suficiente como para no precisar de la ayuda de la Corona.

Pero había otra diferencia, acaso más importante: la EIC despertaba enormes suspicacias dentro de la metrópoli. Básicamente, su negocio era el mismo que el de todas sus predecesoras: la importación de mercancías a cambio de plata. Europa no tenía mucho que ofrecer a la India. Aunque a lo largo del siglo XVIII las exportaciones fueron aumentando y diversificándose –plomo, estaño, mercurio, marfil, telas... – seguían siendo mucho menores que las importaciones. Entre otros motivos, porque los productos indios también aumentaron y se diversificaron. Además de especias –sobre todo, pimienta– Inglaterra recibía cargamentos crecientes de té, café y productos textiles, desde la seda en bruto hasta tejidos de algodón delicadamente estampados, y conocidos en Europa como *calicós*. En resumen, el comercio de Gran Bretaña con la India era deficitario. Y eso, desde el punto de vista del mercantilismo, era indeseable. En particular, la entrada de calicós despertaba fuertes recelos, pues además de ser un producto de lujo sin interés para el Estado y la guerra, impedía el desarrollo de la industria nacional (este último argumento era bastante endeble por cuanto que la industria algodonera británica era minúscula, y la de lana no producía nada que pudiera cubrir la demanda de calicós). Pese a todo, tan temprano como en 1700 se prohibieron las importaciones de estos tejidos; su reiterado incumplimiento forzó la aprobación de una nueva norma en 1719, más explícita y radical.

En resumen, hasta mediados del siglo XVIII tres bases establecidas en la India eran las “puertas traseras” por las que la producción india entraba en Inglaterra. Nadie hubiera pensado que alguna vez pudieran convertirse en las “cabezas de puente” de un gran imperio. Pero eso fue lo que sucedió. Las razones por las que el curso de la Historia se apartó de su previsible recorrido son complejas. Pero, básicamente se reducen a tres: la descomposición política de la India, la intervención francesa y la venalidad de los funcionarios de la EIC.

Cuando los ingleses llegaron a la India existía un gran Estado, el [Imperio Mogol](#). No era la única entidad política, pero era, con diferencia, la mayor. De hecho, la mayor parte del resto de los Estados indios le eran tributarios. El Imperio Mogol había sido fundado en el siglo XVI por un caudillo afgano, [Baber](#) (que supuestamente descendía de Gengis Khan; de ahí el nombre de la dinastía). Podría decirse que ese gran imperio alcanzó su cenit a finales del siglo XVI con el emperador [Akbar I](#). O, al menos, hay bastantes elementos para afirmar que en el siglo XVII ya estaba en decadencia. Con todo, en sus aspectos esenciales seguía siendo lo que fue desde el principio: una gran maquinaria estatal, fuerte pero tolerante. Los emperadores mogoles, musulmanes suníes, no estaban particularmente interesados en rebatir la fe de sus súbditos, muy mayoritariamente hindúes. Ante semejante poder la EIC adoptó una actitud prudente. Los ingleses podían tener conflictos más o menos serios con sus competidores europeos; pero la autoridad del Mogol no era cuestionada. De ahí también que tuvieran tantas dificultades en lograr un

asentamiento permanente. Y que éste fuera el resultado de concesiones o de conquistas a otros europeos; nunca de un enfrentamiento directo con el Mogol.

Pero precisamente cuando lograron establecerse en Calcuta, en la última década del siglo XVII, las cosas empezaron a cambiar. El nuevo emperador, [Aurangzeb](#) (1659-1707) invadido de celo religioso decidió poner fin a la convivencia con los hindúes. Restableció impuestos desaparecidos desde tiempos de Akbar, impuso conversiones forzadas y presionó a los Estados hindúes independientes para que reconocieran su autoridad y la del Islam. Aunque Aurangzeb logró mantener y acrecentar la extensión del Imperio Mogol (de hecho, nunca fue tan grande), también desencadenó una cadena de rebeliones. Por un lado, los *sij*s, una confesión religiosa a mitad de camino entre el hinduismo y el islamismo (y por eso mismo, particularmente odiada por el integrismo islámico). Por otro lado, los Estados hindúes del Sur, que se agruparon en la llamada Confederación Maratha. Para colmo de males, en 1739 un caudillo turcomano (¡y antiguo esclavo!) llamado [Nadir Sah](#) invadió la India y saqueó Delhi; no sería el último en hacerlo.

En resumen, en los 50 años siguientes a la muerte de Aurangzeb la autoridad del Imperio Mogol se desmoronó. A mediados del siglo XVIII el Imperio Mogol sólo era un gran ejército que apenas controlaba el territorio que ocupaba. Y eso mismo era un problema. La Confederación Maratha no pudo ocupar su lugar. Tras una terrible derrota al hacer frente a una nueva invasión de afganos desde el Noroeste, el “Imperio” Maratha se fragmentó en cinco Estados que, posteriormente, también se rompieron. Y todo ello sin que el emperador Mogol fuera vencido. Hacia 1770 la India era un mosaico de Estados musulmanes e hindúes gobernados por dinastías de corto linaje y variada denominación: maharajás, rajás, nababes, sultanes, nizames... etc.

La conquista de la India no hubiera sido posible (o no tan pronto) si el Imperio Mogol hubiera mantenido su integridad. Pero sin él tampoco parecía fácil. Cada uno de los Estados sucesores seguía disponiendo de una enorme fuerza militar. Al menos sobre el papel, sobrepasaban ampliamente a las exiguas tropas de la EIC. Además, los británicos no contaban con la ventaja tecnológica que, por ejemplo, tuvieron los españoles en América. Todos los indios, mogoles o marathas, empleaban armas de fuego; y no era raro que se suministrasen en los arsenales europeos. Ni siquiera externamente los ejércitos eran tan distintos. En el lado británico sólo los oficiales eran europeos, pues la tropa estaba formada por indios, los llamados *cipayos*. En fin, tampoco contaban con la ventaja “microbiológica” que los españoles tuvieron en América; en este terreno, más bien estaban en desventaja. A pesar de todo, los enfrentamientos entre británicos e indios, a veces muy desiguales, siempre se saldaron a favor de los primeros. Al parecer, la táctica y estrategia militar resultaron decisivas; y este conocimiento sólo estaba al alcance de los oficiales que acudían a las academias militares europeas.

Pero aún faltaba un elemento para la conquista: una razón. La EIC, como cualquier otra empresa, estaba en la India para ganar dinero. Su objeto era el comercio entre Oriente y Europa. La idea de conquistar aquel gran país no sólo era inimaginable; tampoco tenía sentido. Cualquier operación militar realizada

más allá de los límites del puerto tenía riesgos inasumibles para sus beneficios potenciales. Pero la intervención francesa cambió la situación. Como vimos, Francia logró asentar una base en Pondicherry, un puerto que durante algún tiempo mantuvo un notable flujo comercial con Europa. La presencia francesa era una pieza más del enfrentamiento de las dos naciones por el control de los mares. Desde Pondicherry se trabaron alianzas con varios Estados del Sur de la India contra Gran Bretaña, y se iniciaron varias campañas conjuntas que rompían la tradicional política de los europeos (y no sólo de los ingleses) de no entrometerse en los asuntos indios. Durante algún tiempo, en las décadas de 1740 y 1750, Francia apareció como la potencia europea con más posibilidades de hacerse en un futuro con la India (es decir, una vez que la Confederación Maratha y el Imperio Mogol se hubiesen destruido uno al otro). Esto llevó a la EIC a organizar sus propias alianzas contra Francia. Se produjeron los primeros choques serios, todavía circunscritos a la costa sudoriental de la India. El enfrentamiento se recrudeció con la guerra de los Siete Años en Alemania. En poco tiempo un lejano conflicto europeo, en el que Francia y Gran Bretaña sólo eran aliados circunstanciales de los contendientes (Prusia y Sajonia), se trasladó a la India. En 1757 Gran Bretaña obtuvo una espectacular victoria en Plassey (cerca del delta del Ganges), lo que tendría dos consecuencias importantes. 1º el fin de la influencia francesa en India; 2º la conquista por Gran Bretaña de un territorio verdaderamente grande y poblado: la provincia de Bengala, actualmente dividida entre la India y Bangla Desh.

Desde el momento en el que Gran Bretaña se convirtió en un actor destacado de la política india la implicación en las guerras civiles fue inevitable. Los rajás buscaban la alianza del ejército cipayo en la resolución de sus conflictos. Por otro lado, a los británicos no les resultaba fácil mantenerse neutrales. El temor de unos rajás a que sus enemigos trabaran una alianza con los ingleses conducía a guerras preventivas. Por sorprendente que parezca, en esta primera fase fueron los Estados indios quienes solían desatar las hostilidades; no la EIC. Por supuesto, la compañía podría haberse abstenido de ocupar el territorio enemigo; pero esto no era razonable si el objetivo último era lograr cierta seguridad. El problema era que cada nueva conquista implicaba nuevas amenazas para otros Estados, con lo que el proceso volvía a empezar. En fin, Gran Bretaña entró en un ciclo de guerras que se alimentaba a sí mismo.

Pero, además, tampoco todos los funcionarios ingleses anteponían la paz (y los intereses comerciales) a la guerra. En la segunda mitad del siglo XVIII la rentabilidad de la EIC estaba cayendo con rapidez. A ello contribuyeron varios factores, pero singularmente dos: la competencia francesa y los crecientes gastos de defensa y gestión de los nuevos territorios. La situación era tan crítica que el Gobierno británico se vio obligado a apoyarla financieramente; el precio que se pagó fue la pérdida de su independencia. La EIC asumió funciones mucho más extensas como representante oficial del Gobierno británico en la India. El creciente carácter gubernamental de la compañía se reflejó en el establecimiento de un límite a los beneficios. Dicho de otro modo, implícitamente se reconocía que la principal función de la EIC no era la de una compañía normal, obtener beneficios, sino servir de representante del Gobierno británico en la India. La EIC dejó de ser una compañía privada con funciones políticas para convertirse en una institución política con intereses económicos.

Esta reordenación de funciones resultaba anacrónica (aunque también muy “británica”; la pervivencia de instituciones fuera de tiempo y lugar constituye una característica distintiva del colonialismo británico y, en general, de su Administración). Además, era poco eficiente: en lugar de existir una única jefatura, se crearon dos. En principio, la EIC seguiría siendo gobernada por un consejo de administración; pero a su lado se creó un consejo de representantes del Gobierno encargado de corregir o anular las decisiones del primero.

Esta transformación tuvo importantes consecuencias. Desde el principio la corrupción había sido un suplemento adicional al sueldo de los empleados de la EIC. Por supuesto, no era algo deseable; aunque tampoco tenía demasiadas consecuencias. Pero cuando la compañía se convirtió en un poder político relevante sus empleados descubrieron nuevos y peligrosos mecanismos con los que incrementar sus ingresos. Poner a la compañía de parte de alguno de los contendientes comportaba el pago de favores. La misma conquista de territorios abría posibilidades de obtener sustanciales beneficios. Los casos más sangrantes ocurrieron en la provincia de Bengala. Las atribuciones políticas del gobernante local, el [nabab](#), fueron transferidas a la compañía. La gestión de los impuestos o la subasta de las propiedades se convirtieron en fuentes de ingresos para unos funcionarios habituados a la corrupción y los sistemas de propiedad europeos; y que actuaban con impunidad dentro de un marco legal desconocido para los indios. De hecho, los propios gobernadores británicos de Bengala escribieron muchos informes en los que resaltaban el daño que estas venalidades estaban causando en el país. Los campesinos eran cargados con contribuciones y rentas que no podían pagar. Para colmo de males, en 1770 Bengala sufrió una tremenda hambruna causada por la sequía; pero quizás más por la elevada imposición fiscal y la monopolización del comercio de granos impuesta por la EIC.

Desde 1765 el Gobierno trató de impedir esos comportamientos. De hecho, ésa era una de las finalidades perseguidas en la legislación para el rescate de la EIC. Sin embargo, la eficacia de las medidas fue dudosa cuando no contraria. El botín era demasiado jugoso; y, además, hasta comienzos del siglo XIX los británicos en la India vivieron en un estado de guerra intermitente contra diversos enemigos. En realidad, el expolio de Bengala no empezó a resolverse hasta que en 1793 el gobernador británico decidió convertir los arrendamientos de diez años (que ya habían reemplazado a los iniciales de sólo tres) en “establecimientos permanentes”. Es decir, otorgó la propiedad de la tierra a los campesinos indios; algo que, por cierto, nunca hicieron los mogoles.

También a finales del siglo XVIII el mismo Gobierno británico se convenció de que la única solución para lograr la estabilidad era extender el control británico a todo el país. Con todo, los costes de la operación y la escasez de recursos generaban muchas resistencias. Y por este motivo el proyecto inicial de [Lord Wellesley](#) (el Wellington de España) quedó inconcluso. Una parte de la India fue efectivamente conquistada y administrada por la EIC. Pero otra parte, de extensión similar, siguió siendo gobernada por mandatarios locales supeditados a la compañía por medio de tratados. Hacia 1818 la [delimitación](#) de cada área ya estaba concluida. La guerra continuó de forma intermitente en

el Noroeste y Noreste, fuera de la India o, al menos, de las fronteras actuales de la India. El reino de Birmania y, sobre todo, las levantiscas tribus de Afganistán, demostraron ser enemigos muy correosos. Pero la India no conoció alteraciones importantes hasta la rebelión de los cipayos de 1858; cuya única consecuencia importante fue, al fin, la supresión de la EIC.

Así pues, la conquista británica de la India duró unos 75 años, los que separan los primeros conflictos auspiciados por Francia en 1744, de la reordenación final de 1818. No fue un proceso ni perseguido, ni planificado, ni ordenado. Y esto fue así porque la política británica en la India estaba presidida por razones estrictamente económicas; y éstas nunca estuvieron claras ni en Londres ni en Calcuta. La apropiación de territorios reportaba beneficios a aquellos que estaban directamente implicados en los asuntos indios; pero no a Gran Bretaña como tal. India no era percibida como un mercado relevante para los productos británicos, sino como un pozo sin fondo de metales preciosos y un competidor de la industria textil británica. No obstante, y como veremos más adelante, con el tiempo esto cambiaría: India acabaría siendo un mercado importante para los productos ingleses. Y también un receptor neto de capitales, pero no por la llegada de metales preciosos. En todo caso, nada de esto era siquiera previsible a mediados del siglo XVIII. Ni siquiera las razones estratégicas explican la conquista, pues la derrota de Francia fue muy temprana. En este caso, como en otros, la mayor parte de la conquista fue el resultado de un conjunto de decisiones descoordinadas, en las que entraban en juego la avaricia, el temor y la vanidad; todo ello en el corto plazo y en ámbitos territoriales pequeños.

La falta de verdaderos ideales detrás de la ocupación de la India ha podido ser determinante en que la visión general del proceso haya sido muy peyorativa. El expolio de Bengala refuerza esa opinión. Pero es importante observar que la conquista fue relativamente rápida, y que evitó que la India se sumergiera en el caos. O por decirlo de otra forma: la conquista surgió del caos. No es posible saber si, en caso de no haber aparecido los europeos, las interminables guerras entre distintos poderes hubieran llevado a la emergencia de alguna autoridad semejante a la del Imperio Mogol de Akbar. Pero no parece que a corto o medio plazo éste hubiera sido el escenario más probable.

Más bien, lo que habría que decir es que ese poder único pero tolerante fue lo que acabó siendo el dominio británico sobre la India. Los ingleses no trataron de imponer su religión o su cultura a los nativos. Si hoy en día el idioma más hablado es el inglés (ni siquiera esto puede que sea cierto; el hindi también está muy extendido) no fue por una imposición exterior, sino porque las regiones y sectores más dinámicos del país estaban controlados por Gran Bretaña. Las ciudades de Calcuta, Bombay y Madrás crecieron de forma espectacular y se convirtieron en los focos difusores de la nueva cultura. De hecho, la primera fue prácticamente fundada. Pero esa difusión de la cultura inglesa tampoco fue perseguida; simplemente, sucedió por la fuerza de los hechos. En fin, la conquista británica de la segunda mitad del XVIII no fue, precisamente, lo peor que le pudo pasar a la India. Pero, claro está, siempre es irritante que alguien de fuera venga a decirte lo que, por tu propio bien, tienes

que hacer. Y mucho menos que lo haga con la fuerza de las armas y el amor al dinero.

5.9 La construcción del Imperio Ruso

Ni Alemania ni Italia participaron en esta primera fase expansiva. En realidad, ni siquiera existían como nación, y los Estados que las conformaban no eran comparables a las otras potencias. Las tradiciones comerciales de Italia se dirigían hacia el Mediterráneo Oriental, de modo que el descubrimiento de la ruta africana de las especias sólo podía perjudicarles; de modo especial, a Venecia, una de las puertas de Asia en Europa (luego no resultó tan dramático). Como ya vimos, Italia sufrió un serio estancamiento económico durante la Edad Moderna. Sus causas nada tienen que ver con la expansión territorial de otras naciones; pero el hecho ayuda a explicar su escasa y decreciente participación en los descubrimientos. Por lo demás, Sicilia, Nápoles y otros territorios formaban parte del Imperio Español. En cuanto a Alemania, hasta mediados del siglo XVII se sucedieron varios conflictos religiosos, el último de los cuales, la guerra de los 30 años, fue particularmente destructivo. Todo esto paralizó cualquier proyecto en Ultramar. Como Italia, las tradiciones comerciales –y colonizadoras– de muchos Estados alemanes se dirigían al Este, hacia Polonia y los Balcanes. Sólo excepcionalmente se realizaron algunas expediciones a América y África. Más al Norte, Suecia y Dinamarca tuvieron una participación poco menos que testimonial en las mismas costas y en la India.

Pero más al Este, Rusia inició su particular proyecto de expansión territorial. En este caso, la dificultad de su análisis estriba en su carácter híbrido. Lo que empezó siendo una guerra de liberación, acabó transformándose en la conquista y sometimiento de naciones totalmente extrañas a la cultura rusa y eslava. No hay cesuras en este proceso; no es posible distinguir donde, espacial y temporalmente, termina una fase y comienza otra. Por eso mismo resulta igualmente comprometido distinguir las causas.

El antiguo reino de Rusia fue conquistado por los mongoles a comienzos del siglo XIII. La rápida desintegración del Imperio de Gengis Khan dio lugar a la formación de varios Estados –las Hordas– dirigidos por una aristocracia mongola, los tártaros, que progresivamente se convirtió al Islam. También lo hizo una parte menor de la población; especialmente en la Península de Crimea, que desde el siglo XV estaba controlada por el Imperio Otomano. La mayor amenaza para esos Estados vino del levantamiento de los súbditos rusos, y muy en particular del emergente [principado de Moscú](#), que se fue afirmando en el territorio situado entre el Golfo de Botnia y el río Volga.

A comienzos del siglo XVI, esta nueva Rusia era una nación extraña y aislada. En el Este y Sur topaba con el Imperio Otomano y los kanatos tártaros de Kazán y Astracán. Al Oeste la salida al mar estaba cerrada por los reinos polaco-lituano y sueco. Con objeto de romper este aislamiento en 1584 se fundó el puerto de Arcángel, en Mar Báltico, donde se asentó una base desde

la que comerciar con Europa a través de una compañía privilegiada inglesa, la Compañía de Moscovia. Ésta había sido creada con la finalidad de descubrir un paso hacia el Este por el Norte de Siberia. El proyecto era completamente irrealizable por la permanencia de la banquisa durante todo el año. Lo que sí era posible era alcanzar el mar Blanco durante los meses de verano, lo que le permitió construir un monopolio comercial con la lejana Rusia. De todos modos, Arcángel era un puerto difícil y alejado de Moscú. Rusia no logró una verdadera conexión marítima con Europa Occidental hasta la fundación de San Petersburgo en 1703; puerto que, no obstante, también permanecía cerrado en invierno.

En el Este la expansión de Rusia tomó impulso en 1552 con la conquista del kanato de Astracán. Desde entonces, y en apenas siglo y medio, el reino moscovita [extendió sus fronteras](#) hasta el Océano Pacífico. Territorialmente fue la mayor expansión de una nación europea en la Edad Moderna (si es que la Rusia de entonces era una nación “europea”). La desintegración del poder mongol varios siglos antes había dejado un vacío de poder, de modo que los rusos sólo tuvieron que enfrentarse con pequeños kanatos o, más a menudo, tribus nómadas, cuyas técnicas de combate no habían variado desde los tiempos de Gengis Khan.

La punta de lanza de la conquista estuvo formada por un pueblo de difícil catalogación, los cosacos. De lengua ucraniana y rusa, pero independientes del zar, formaban grandes partidas de jinetes dedicados al pillaje, el comercio y la colonización. En cierto modo, venían a ser la actualización de la guerra nómada de los mongoles: grandes hordas de jinetes, pero con armas de fuego. Para el Imperio Ruso en ciernes eran tanto una solución al problema tártaro, como el origen de un nuevo problema, pues su carácter libre era incompatible con la autocracia zarista. Con otros grupos perjudicados por el fortalecimiento de la servidumbre y la autocracia (campesinos huidos, o sometidos a impuestos extenuantes, bajo proletariado urbano, monjes heréticos... etc.) los cosacos dirigieron varias revueltas a lo largo de los siglos XVII y XVIII. La última de ellas, la de [Pugachev](#) en 1773-74, tuvo una extensión inusitada. De todos modos, estas rebeliones nunca supusieron una verdadera amenaza para el poder establecido. Y lo cierto es que hasta finales del siglo XIX los ejércitos rusos siguieron empleando cuerpos cosacos en sus propias campañas de conquista.

La conquista del Este era una empresa religiosa y colonizadora con similitudes con la Reconquista española. Pero también existían motivaciones económicas. Siberia no tenía riquezas minerales (o, mejor dicho, tenía muchas, pero aún ignotas), y no producía especias o plantas de interés en Europa. Tampoco había ciudades ni, casi, población. Los nativos sufrieron la expropiación de sus tierras por los colonos cosacos y rusos. Pero a diferencia de los indios americanos no padecieron una catástrofe demográfica porque estaban inmunizados frente a las enfermedades epidémicas (recuérdese que la Peste del siglo XIV llegó a Europa desde Crimea; probablemente se originó en la Cuenca del Volga). En cualquier caso, eran muy pocos, lo que convertía a Siberia en un espacio de muy fácil ocupación. A pesar de la uniforme pobreza de la taiga, también allí era posible extraer riquezas. La fauna local proporcionó

pieles que alimentaron un activo comercio con Occidente. Como en Europa, inicialmente su explotación fue concedida en régimen de monopolio a una sola compañía, la de la familia Stróganov, poco después de la conquista de Astracán. Más adelante la verdadera riqueza de aquellos territorios se revelaría en los enormes pastizales y las cabañas bovinas que podían mantenerse sin apenas coste. El Estado ruso promovió esa colonización de diversos modos.

Sólo a partir del siglo XVIII la expansión rusa se dirigió hacia regiones en las que existían estructuras políticas más avanzadas y una mayor población. En 1774 la provincia otomana de Azov (Crimea) fue conquistada en una guerra en la que empezaron a vislumbrarse los problemas diplomáticos que, para otras potencias europeas, generaba la expansión rusa. Por esos mismos años se inició la ocupación de los territorios situados entre el mar Negro y el mar Caspio. Las actuales repúblicas centroasiáticas y el Cáucaso fueron conquistados a lo largo del siglo XIX, en una sucesión de campañas largas, espaciadas y cada vez más penosas. Se produjo una masiva colonización con campesinos procedentes del Norte y el Oeste. No eran espacios tan despoblados como Siberia, pero tampoco en ellos vivía demasiada gente. Hasta el día de hoy esas regiones mantienen una población compuesta de descendientes de colonos rusos y ucranianos con los de tártaros y otros pueblos (abjasios, chechenos, ingusetios, osetos, georgianos, armenios, azeríes, kazakos, turcomanos, uzbekos, tayikos y kirguises, entre otros); en la mayor parte de los casos de religión musulmana; pero también cristianos. Obviamente, la presencia de eslavos es menor conforme se avanza hacia el Sur.

5.10 Conclusiones generales

Sin necesidad de llegar al siglo XIX, esta historia es larga y compleja. Formular unas conclusiones generales acerca de un fenómeno tan amplio es un tanto atrevido. No obstante, algo podemos intentar. Vaya por delante que lo que sigue son algo más que conclusiones; también son vías de interpretación y sugerencias para otros capítulos.

-Causas. El principal motor de la expansión colonial anterior a 1900 fue el deseo de enriquecimiento personal. Los conquistadores embarcaban por muchos motivos, altruistas, miserables o una confusa mezcla de ambos. Pero la búsqueda de metales preciosos, de especias, y de lugares en los que cultivar azúcar y otras plantas tropicales, así como de plazas en las que comprar esclavos, era un objetivo claro y tentador. Y lo dicho para las personas, vale para las sociedades mercantiles y los Estados.

Sin embargo, sólo por razones económicas la colonización no hubiera llegado tan lejos como lo hizo. La mayoría de los lugares adonde fueron los europeos carecían de valor económico y, en principio, no aseguraban beneficio económico alguno. Además, muchos de los que sí lo tenían sólo requerían la conquista (o, más bien, concesión) de alguna plaza costera desde la que comerciar. En la práctica, el esfuerzo de la conquista de grandes territorios sólo

se compensó en el Caribe y el Brasil azucareros, y en Minas Gerais, Potosí y Zacatecas. En esos lugares, la explotación de esas minas exigía el sometimiento de los imperios en las que se encontraban. Pero cuando se conquistaron se desconocía la existencia de las minas y nadie cultivaba azúcar. Dicho de otro modo: era la expectativa de la riqueza, a menudo infundada, lo que impulsó la conquista; no la riqueza en sí. Ciertamente, los nuevos países permitían a los españoles vivir como nuevos señores feudales; poderosos, aunque no necesariamente ricos. Pero con ese aliciente no había necesidad de ir muy lejos. Pese a su privilegiada posición los españoles no conquistaron ni la mayor parte de Argentina, ni el Sur de Chile, ni el Sur de Estados Unidos desde Tampico (México) hasta, prácticamente, Florida. Esos eran territorios que, con poco esfuerzo, podían ser convertidos en “Nuevas Europas”. Y por eso mismo no interesaban. No había razones económicas para la ocupación; y como tampoco las hubo de otro tipo, permanecieron relativamente libres hasta el siglo XIX.

Entonces, ¿qué más explica la conquista? Ante todo, la política. Muchas expediciones militares se realizaron para evitar que otros llegaran antes. La rivalidad entre las distintas potencias se convirtió en un factor importante para justificar la conquista de, por ejemplo, la Luisiana por los franceses, Filipinas por los españoles, o la costa india por holandeses, franceses e ingleses. De hecho, varios territorios pasaron de unas naciones a otras: Quebec, Luisiana, Bombay, Ceilán, Malaca... Por otro lado, el propio contexto político asiático explica la conquista de India y Java. Desde el momento en el que, por la razón que fuera, los europeos saltaban al territorio aledaño a sus bases comerciales, la propia dinámica política de esos países les empujaba a llevar la conquista mucho más allá de lo que inicialmente hubiesen creído y deseado.

Y con todo y con eso, aún hubieran quedado territorios libres de europeos. Por ejemplo, la conquista de la costa nororiental de Estados Unidos no se explica (o no de manera principal) ni por razones económicas ni políticas. La primera colonización de Nueva Inglaterra corrió por cuenta de minorías religiosas como los *pilgrim fathers*, gente cuyo rigor religioso les hacía indeseables a los ojos de la Iglesia Anglicana. Más adelante, a fines del XVIII, el primer asentamiento europeo en Australia, se efectuó con gente aún menos presentable: delincuentes. La extensión de la guerra de reconquista contra el Islam movió a portugueses, españoles y rusos. La evangelización fue un motor de colonización en las regiones más remotas de América, pero también entre, por ejemplo, los primeros franceses que llegaron a Indochina. Los actos de los seres humanos tienen motivaciones complejas y, a menudo, irracionales. El primer deber de la Historia Económica es reconocer sus propias limitaciones para explicar los hechos mediante argumentos estrictamente económicos.

-*Ventajas militares.* En todo caso, la conquista de tantos territorios fue posible porque los europeos tenían una neta superioridad militar. Ésta era abrumadora frente a los imperios precolombinos; y sólo así se explica que tan pocos españoles vencieran a ejércitos tan numerosos. Sin embargo, la ventaja militar de los europeos no era tan evidente en la India. Los Estados sucesores del Imperio Mogol eran capaces de movilizar ejércitos muy numerosos cuyos soldados empleaban armas de fuego. Pese a todo, hasta el siglo XIX los

Europeos no sufrieron ningún revés militar de importancia. Y es que la superioridad no sólo era una cuestión de armamento; también lo era de logística, de estrategia y de táctica. Y, en fin, de instituciones y conocimientos no estrictamente militares. Con menos recursos los europeos podían obtener mejores resultados porque sabían aprovecharlos mejor. Además, siempre tuvieron un “as en la manga”: su dominio de los mares. La guerra es algo más que una sucesión de batallas.

Y esto guarda relación con otra idea interesante. Todos los hechos relatados en este capítulo tuvieron lugar antes de 1800. Es decir, antes de la Revolución Industrial, cuya nacimiento “oficial” situamos en la década de 1780-90; en Gran Bretaña; y en la industria textil algodonera. No es cierto que la colonización fuera una consecuencia de la industrialización europea (y, por cierto, tampoco es cierta, aunque más verosímil, la relación inversa). Simplemente, Europa era una sociedad más avanzada que las otras civilizaciones. Por supuesto, militarmente; pero no sólo militarmente. O dicho lo mismo de otro modo: India, Java y los imperios precolombinos no habían avanzado tanto como Europa. Y lo mismo se puede decir del Imperio Otomano, el Imperio Safaví y, en muchos aspectos, Japón y China. Las razones por las que sucedía esto han sido analizadas en otros capítulos. Sólo a título de recordatorio: el capital era más económico; los costes de formación eran menores; las instituciones eran más estables y competitivas; entre las clases dirigentes e intelectuales existía algo parecido a una mentalidad científica; el campo de lo religioso no interfería (o no tanto) en lo político y lo social; los mercados eran más profundos y extensos; en ellos había más gente demandaba cosas no habituales; en fin, había colonos dispuestos a embarcarse en el primer barco que saliera del puerto. Europa era una poderosa fuerza militar; pero no lo era por unas máquinas inexistentes, ni porque hubiera centrado sus esfuerzos en la guerra. Su éxito militar era el resultado de una combinación de factores diversos, tecnológicos, económicos e institucionales.

-Monopolios. Una broma (o quizás no) sobre el capitalismo es que la economía de libre mercado es públicamente defendida por todos los empresarios, y privadamente por ninguno. Durante la Edad Moderna ni siquiera sucedía lo primero. La aspiración de todas las potencias fue la reserva de los mercados coloniales y el monopolio del comercio con ellas. Sobre esto, todo lo más que podemos encontrar son excepciones o, más bien, especificidades. Por ejemplo, el reparto del mundo entre España y Portugal sancionado por el Tratado de Tordesillas era una arrogante forma de duopolio mundial. En otro sentido, la centralización del comercio español y portugués a través de Lisboa y Sevilla no deja de ser llamativa por lo excepcional; pero no era nada conceptualmente original. En lo que hubo más variedad fue en las formas empresariales. En general, América fue un continente “abierto”, en el que todos podían organizar su pequeño o gran negocio. En cambio, la colonización de Asia se realizó a través de tres compañías privilegiadas con indudables conexiones estatales, que operaban bajo un régimen monopolístico. Casualmente tenían el mismo nombre: Compañía de las Indias Orientales, inglesa, francesa y holandesa; ésta no era ni la única ni la más notable coincidencia.

-Control y gestión. Una de las pocas cosas que tuvieron en común todos los imperios o pseudoimperios coloniales fue la corrupción. Lo que cambiaba era el tipo de venalidad: contrabando en la América Española, abusos del sistema de cultivo en Holanda, tráfico de influencias en la India Británica... etc. La reiteración de este problema es una prueba más de que las metrópolis tenían dificultades muy serias para controlar sus propias colonias. Lo cual tampoco es nada sorprendente teniendo en cuenta las dificultades de comunicación y los intereses privados de los funcionarios. En general, las potencias coloniales nunca encontraron un modo, no ya óptimo, sino sensato de administrar sus posesiones. Ejemplos de ineficiencias administrativas aparecen por todas partes: el sistema de “doble consejo” de la EIC, el excesivo reparto de dividendos de la VOC, la centralización del comercio americano en el puerto de Sevilla... Tampoco existen indicios que permitan suponer que los sistemas de control y gestión mejoraran con el tiempo. Dentro del desastre general, el imperio mejor organizado bien pudo ser el español, cuya estructura apenas cambió en tres siglos. Aunque quizás el más sensato fuera el inglés en América, precisamente porque renunció a gran parte de las prerrogativas de otros imperios.

De modo consecuente con lo anterior, la inmensa mayor parte de las empresas coloniales fracasaron. Casi todas las compañías privilegiadas quebraban al cabo de unos pocos años. Hubo muchas expediciones que se quedaron en nada. La historia de la colonización no es la de una inteligente operación de conquista. Más bien semeja la de una sucesión de “chapuzas” que, de vez en cuando, salían bien. Nada más ejemplar que el descubrimiento de América por Colón; un viaje estúpido como pocos, pero que, por casualidad, tuvo un resultado feliz. Pero esto mismo revela otro hecho: en realidad, la colonización no fue producto de la casualidad. La exploración y conquista europea fue un “bombardeo por saturación”: se lanzaron muchos navíos a la espera de que alguno regresase cargado de especias o lo que fuera. De ahí que ningún fracaso fuera realmente definitivo; y eso que hubo muchos.

-Consecuencias sobre Europa. Por supuesto, si esta gigantesca operación político-religiosa-mercantil no hubiera proporcionado beneficios tampoco habría ocurrido. Muchos conquistadores y comerciantes se hicieron ricos vendiendo azúcar, esclavos o plata. Lo que no está tan claro es que esos beneficios fueran beneficiaran a las metrópolis, y especialmente a los gobiernos que las dirigían. El Imperio francés fue, en conjunto, una operación ruinoso; además de fallida. El español no fue fallido, pero no hay muchas razones para suponer que los españoles, o el Estado español, hubieran vivido mejor sin él. En realidad, los mayores beneficios de la conquista hay que buscarlos en otros capítulos. En primer lugar, en la aclimatación de plantas americanas; sobre todo, maíz y patatas. También en los cambios sociales y económicos de lo que hemos llamado “Revolución del Consumo”. Aún se puede señalar otro beneficio importante: el desarrollo de la navegación y todo lo que ello implica. Aunque también es cierto que, probablemente, buena parte de los avances en ese campo se hubiesen conseguido con el propio tráfico intraeuropeo.

Ahora bien; las actividades económicas que movieron la colonización, el comercio de productos tropicales y de metales preciosos, parece haber tenido

un efecto menor sobre el desarrollo económico; a veces, incluso negativo. Sin azúcar, canela o pimienta la vida culinaria de los europeos habría sido más triste; pero no parece que eso fuera una gran pérdida, al menos para la inmensa mayor parte de la población. Y sin tabaco habría habido menos humos y cánceres. Como vimos, la plata no parece haber sido tan decisiva en el movimiento de precios en Europa. Cabe suponer que el “hambre de monedas” de finales de la Edad Media no era un obstáculo serio para el desarrollo del capitalismo, y que, en consecuencia, la explotación de Potosí no fue tan necesaria. Además, una gran parte de esas riquezas terminó en China e India. El mismo comercio de esclavos, de consecuencias tan funestas, no explica el desarrollo económico de Europa. Como veremos enseguida, los grandes comerciantes negreros emplearon sus fortunas en la construcción de mansiones y en el gasto suntuario; nunca en la innovación tecnológica de la industria textil o siderúrgica. De todos los territorios conquistados por Europa entre los siglos XV y XVIII sólo uno jugó un papel importante en la Revolución Industrial: el Sur de los Estados Unidos como productor de algodón. En fin, los efectos “perversos” de la conquista no pueden ignorarse: la inflación de crédito en la monarquía española (que alimentó la guerra en Europa) o los cuantiosos gastos de defensa en los que incurrieron España y Francia en la defensa del Caribe o la India. Por supuesto, a largo plazo la conquista generó otro tipo de beneficios. Unos fueron directos, como los derivados de las inversiones. Otros indirectos o “invisibles”: singularmente, la extensión de las lenguas europeas. Pero tanto unos como otros superaban en mucho el horizonte temporal de los conquistadores. Respecto a los segundos (al final, los mayores) resulta curioso que ninguna de las potencias europeas que colonizaron el mundo en la Edad Moderna hiciera esfuerzos serios para extender el uso de sus propios idiomas. Quizás los que mostraron más interés fueran los españoles. Pero, al fin, incluso para ellos el castellano no era una prioridad; lo era el bautismo.

-Consecuencias fuera de Europa. En cualquier caso, las consecuencias del proceso fueron mucho mayores en los países conquistados. Y, en muchos casos, catastróficas: Las epidemias asolaron América. El tráfico de esclavos destruyó África. No es necesario extenderse demasiado sobre estas tragedias. Acaso sea oportuno distinguir entre el horror deliberado del tráfico negrero y la imprevisible extensión de las enfermedades en América (aunque la monstruosidad de la explotación de Potosí no fue algo “imprevisible”). Sin embargo, en Asia las guerras coloniales no tuvieron efectos ni lejanamente tan destructivos. No sólo eso: es fácil reconocer consecuencias muy positivas. Gracias a la conquista británica la India se salvó de un creciente estado de guerra civil.

En cuanto al propio desenvolvimiento de la economía, la llegada de los europeos a América supuso un antes y un después. Las economías americanas se orientaron hacia la explotación de productos que se demandaban en Europa, o hacia la minería de oro y plata. Esto tuvo consecuencias inesperadas, como la orientación librecambista de las burguesías criollas. Se ha sostenido que esa orientación terminó siendo un lastre para su crecimiento. Uno de los principales argumentos tiene la forma de un *sensu contrario*: la única economía que no tomó esa orientación, la de las colonias nororientales de América, fue la que a largo plazo tuvo un mayor

crecimiento económico. Pero la discusión de este extremo exige superar el siglo XVIII. Lo cierto es que, más allá de la tragedia que supuso la muerte de millones de negros e indios, las economías latinoamericanas fueron muy exitosas. El crecimiento económico de Brasil fue espectacular. La América española era un continente rico, con unas prosperas burguesías urbanas. Por supuesto, también existía una gran masa de indígenas con niveles de vida no muy diferentes de los que había en tiempos de los incas y aztecas. En realidad, el problema no era la riqueza formada, sino el que amplísimos grupos humanos vivieran al margen del sistema económico. En cuanto a la India o Indonesia, no hay demasiados motivos para suponer que las condiciones de vida de la mayor parte de la población se viera perjudicada. Al margen de los beneficios de la *pax* británica y holandesa, hasta el siglo XIX los sistemas de plantación o de tributación europeos tuvieron un impacto pequeño (no necesariamente negativo) en esas economías. Ni siquiera la derivación de parte del tráfico de especias que pasaba por el Imperio Otomano fue grave. Seguramente el efecto económico más importante de la expansión europea fue que puso las bases para la globalización económica. Pero eso es otra historia.

Bibliografía

- Chaunu, Pierre, 1977: *La expansión europea (siglos XIII al XV)*. Labor
- Chaunu, Pierre, 1984: *Conquista y explotación de los nuevos mundos*. Labor
- Crosby, Alfred W., 1988: *Imperialismo ecológico*, Crítica
- Davis, Ralph, 1976: *La Europa atlántica*, Crítica.
- Fieldhouse, David K., 1987: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. Siglo XXI.
- Frank, Ander Gunder, 1979: *La acumulación mundial*, Siglo XXI
- Jones, Eric Lionel, 1994: *El milagro europeo*, Alianza
- Landes, Daniel S. 1999: *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*. Crítica
- Marks, Robert B., 2007: *Los orígenes del mundo moderno*, Crítica
- Mauro, Frédéric, 1979: *La expansión europea (1600-1870)*, Labor.
- Yun, Bartolomé, 2004: *Marte contra Minerva*, Crítica.
- Wallerstein, Immanuel, 1984: *El moderno sistema mundial II, El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750*. Siglo XXI